
DOBLE JUEGO
BRUGUERA
BOLSILIBROS
ACCION
RAQUETA DE ORO
Lucky Marty

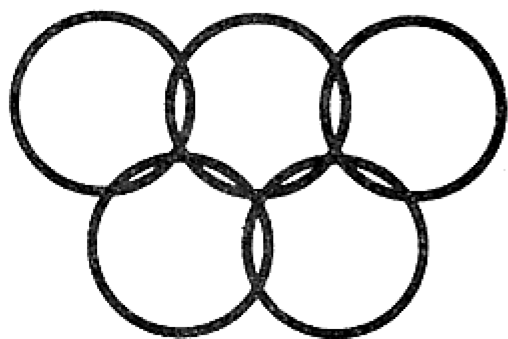
RAQUETA DE ORO

LUCKY MARTY



Colección
DOBLE JUEGO n.° 72

Publicación semanal
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
CAMPS Y FABRES. 5 BARCELONA



COLECCION
DOBLE JUEGO



ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

67 — Las zarpas de un gato, *Lem Ryan.*
68 — Isla de la Calavera, *Curtis Garland.*
69 — Viraje mortal. *Adolf Quibus.*
70 — Touche, *Lem Ryan.*
71 — La noche de «la cobra», *Curtis Garland.*

ISBN 84-02-09277-2
Depósito legal: B. 23.174 1983
Impreso en España — Printed in Spain
1ª edición en España: agosto, 1983
1ª edición en América: febrero. 1984

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)
Barcelona - 1983

En nuestros locos intentos, renunciamos a lo que somos por lo que esperamos ser.

SHAKESPEARE

CAPÍTULO PRIMERO

EL prestigioso torneo de tenis de Roland Garros estaba llegando a su fin. Los dos finalistas, nada menos que el francés Maurice Bonlieau y el inglés Richard Howard, no daban por perdida una sola pelota.

Era una maravilla verlos jugar.

Con destreza, potencia y maestría los dos habían ido eliminando a la flor y nata del tenis mundial: al joven checo Landu Dorenko, al norteamericano Davis Taylor, al español Mario Lázaro, al italiano Sandro Tucchi y hasta el fenómeno sueco Inge Munster.

En las gradas ya no podía entrar ni un alfiler y el público, enardecido, aplaudía cada jugada.

Naturalmente, aplaudían más a su compatriota y confiaban en el triunfo del estilizado Maurice Bonlieau, que en todo el largo torneo no había perdido ni un solo *set*. El francés poseía un saque potente e impresionante, acudiendo a la red con celeridad cada vez que obligaba a su rival a devolver con dificultad la bola; entonces remataba el tanto con una bolea mortal de necesidad.

O hábilmente, con su prodigiosa muñeca, efectuaba una dejada que mansamente caía al otro lado de la red.

En los graderíos se daba por seguro que el perdedor sería el inglés Richard Howard, pese a lo mucho que se esforzaba por imponer su juego más lento y menos brillante al fondo de la red.

No obstante, como vulgarmente se dice, la pelota aún estaba en el aire. Richard Howard poseía unas facultades físicas portentosas y sus musculosas piernas le permitían estar en todas partes para acudir a aquellas dejadas del francés, antes de que le pelota diera dos botes.

También lograba contrarrestar los fulminantes saques de su contrario. Parecía imposible que aquellos trallazos pudieran ser devueltos y, además, colocando la bola allí donde más podía esforzar a Maurice Bonlieau, haciéndole correr de un lado a otro de la pista.

No obstante, el primer *set* se decantó por el francés por un 6-4, que abrió una brecha en la moral del representante de Inglaterra.

Cuando cambiaron de lugar, los aplausos echaban humo.

Maurice Bonlieau se mostraba muy sonriente.

Y seguro de él mismo.

El segundo *set* se inició con saque del inglés y su contrario le

devolvió una bola listada que hizo que se apuntase el 0 a 15 inicial de aquel *game*. Siguió el 0 a 30 y, tras un largo peloteo desde el fondo de la pista los dos, llegó al 0 a 40 en una de las magistrales dejadas del francés.

Nervioso, Richard Howard cometió una doble falta de saque y el punto cayó para el lado del tenista parisino, que consiguió su primer *break* para gran entusiasmo de la mayoría del público.

Naturalmente, una final del Roland Garros siempre se retransmite por la televisión y fueron muchos los millones de personas que pudieron ver cómodamente sentados en sus casas ante la pequeña pantalla que, tal como se había previsto, el triunfo se decantaría por el jugador local.

Maurice Bonlieau estaba demostrando que era todo un fenómeno.

¿No había él derrotado al sueco Inge Munster en las semifinales, después de dar buena cuenta también del checo Landu Dorenko?

La buena suerte de Richard Howard terminaba allí. Cierto que por su parte había eliminado al italiano Sandro Tucchi y al norteamericano Davis Taylor; pero ahora, aquel rico aristócrata británico estaba encontrando la horma de sus zapatos.

Maurice Bonlieau continuó mostrándose implacable con su saque y del 1 a 0 de aquel *game* pasó al 2 a 0 y seguidamente, con su contrincante totalmente desmoralizado, casi entregado, terminó el segundo *set* con un aplastante 6 a 0.

Como todas las finales de aquel trofeo la victoria sería para los tres mejores *sets* de los cinco en juego y, a la vista estaba que al francés tan sólo le faltaba uno más.

El Roland Garros de aquel año se quedaría en Francia.

Si Richard Howard no superaba aquel bache que estaba pasando, de no recuperar la moral de la que tantas veces había hecho gala en todas las pistas del mundo, no habría quién remediase su derrota.

Pero se le veía nervioso y nada más iniciar el saque del tercer *set* hasta se puso a discutir con el árbitro principal, por considerar que la devolución del rival había botado fuera de la raya del lateral derecho.

El resto se dio como bueno y el 0 a 1 cayó a favor del francés que también se anotó el siguiente tanto con un revés a dos manos fulminante, sin réplica posible.

Richard Howard, irritado contra él mismo, lanzó la raqueta al suelo y tuvo que ir a buscar otra. En el breve descanso que se les concede a los jugadores cuando tienen que cambiar de sitio, sin sentarse, mientras se secaba el sudor con la blanca toalla, su entrenador John Bess, un antiguo campeón, le entregó un telegrama.

Todo el mundo se fijó en él, porque incluso se retrasó un poco en volver a la pista, donde ya su contrario le esperaba.

Y empezó a realizarse el milagro.

Su saque fue un trallazo fulminante y Maurice Bonlieau hasta renunció a devolver aquella bala. Lo consiguió en el siguiente, pero de forma forzada y dando lugar a que el inglés rematase con una bolea.

Tres tantos más de saques consecutivos, le hicieron anotarse su primer *set*.

Y el «festival» del sorprendente Richard Howard continuó realizando un juego lleno de aciertos, hasta el punto de que casi de calle, con un contundente 6 a 0 se adjudicó su segundo *set*.

El partido ya estaba igualado.

El público, aunque mayoritariamente inclinando sus simpatías hacia el jugador francés, empezó a olvidarse de eso y cuando llegó el descanso decretado por los jueces despidió al recuperado Richard Howard con una gran ovación.

Aquel sorprendente empate significaba que seguirían disfrutando con el tenis de mejor calidad del mundo.

De continuar con aquella fenomenal racha, el trofeo Roland Garros podría irse a las vitrinas de un jugador inglés aquel año; pero merecía la pena continuar viendo la tremenda lucha de aquellos dos colosos.

Uno de los cámaras de televisión se acercó al fatigado Richard Howard y se interesó por el resto de los periodistas:

—¿Puede decirnos lo que ha leído en ese telegrama, señor Howard?

—Sí… —remachó otro de los fotógrafos—. Desde ese momento no ha perdido ni un solo tanto.

—Son cosas particulares —rechazó el tenista inglés.

Aunque añadió complaciente:

—Problemas familiares nada más.

—No serán de dinero —bromeó otro sonriente periodista—. Su padre, lord Howard Lansbury, es una de las fortunas mayores de Inglaterra.

—Afortunadamente —también siguió la broma Richard Howard.

—Si no es por dinero, ¿por qué sigue jugando usted? —se interesó otro.

—He jugado al tenis toda mi vida —respondió el preguntado—. Siendo muy niño, en la primera visita que hice a Buckingham Palace, la reina me regaló una raqueta: desde entonces no he dejado de jugar.

—Pero a un aristócrata como usted, ¿no le molesta tener que viajar tanto, para acudir a todos esos torneos?

—¡Al contrario, amigo! Me divierte y al mismo tiempo me mantengo en forma.

—¿Cree que hoy ganará?

—¡Eso espero!

—Pero Maurice Bonlieau es un rival muy fuerte.

—Ya le gané en el torneo de Melburne el año pasado.

—Cierto, pero él le derrotó en Wimbledon y en Forest Hill.

—Lo que importa es el presente. Puede escribir que este triunfo, si lo consigo, se lo brindo a mi padre.

—¿No suele acompañarle lord Howard Lansbury?

—No… Mi padre tiene otras cosas que hacer más importantes.

El periodista dado a las bromas comentó, sin dejar de tomar notas:

—Lo comprendemos: su segunda esposa es muy joven y bella.

Richard Howard se levantó, dio la entrevista por terminada y le indicó a su entrenador:

—Volvamos a la pista, John.

—¿Le ha molestado que aludiese a su madrastra? —aún insistió el periodista.

El joven tenista inglés ni le miró.

* * *

Nada más iniciarse el *set* definitivo, todos los presentes pudieron darse cuenta que ahora, el que se mostraba nervioso e inseguro, era Maurice Bonlieau.

Su saque ya no tenía la misma centelleante rapidez y fuerza, y hasta parecía aceptar el peloteo al fondo de la red que le imponía su rival. Y lo peor era que el inglés le enviaba bolas seguras y precisas, que casi siempre botaban en la línea de fondo obligándole a unas devoluciones de aficionado.

El 0 a uno, el 0 a 2 y el 0 a 3 cayeron amenazadores y los franceses que presenciaban la contienda quedaron muy desilusionados. También se comentaba entre el público que, desde que Richard Howard había leído aquel papel que le dio su entrenador, se mostraba tan seguro e implacable, que parecía con ansias de terminar cuanto antes el partido, rematando su triunfo.

No perdía un solo segundo e, incluso arriesgando mucho —más de lo que debía hacer un jugador de su categoría—, acudía a la red para remachar pelotazos que rebotaban sobre la pista con auténticos cañonazos.

Y lo peor para el desesperado Maurice Bonlieau era que no fallaba, que siempre acertaba de forma fulminante.

Sin réplica posible.

Un nuevo y contundente 0 a 6 se reflejó al final en el marcador.

Richard Howard había ganado, tras aquella titánica lucha conseguida gracias a su recuperación.

El trofeo Roland Garras de aquel año se iba para Inglaterra.

Nada más caer el último tanto a su favor, el tenista inglés corrió como un rayo hacia la red y saltando con suma agilidad sobre ella, se acercó al sudoroso rival para estrecharle la mano. Maurice Bonlieau aceptó el saludo deportivamente y unidos caminaron para saludar al árbitro principal alzando sus manos.

El trofeo de plata labrada estaba sobre una mesa esperando ser entregado al triunfador. Todos los periodistas y fotógrafos acudieron hacia allí para presenciar la ceremonia: los cámaras de televisión también empezaron hacer sus tomas y, desde el palco principal, el Presidente de la República Francesa empezó a descender con otros muchos hacia el borde de la pista.

Una banda de música tocaría los dos himnos: desde luego primero el inglés, el del vencedor.

Todo serían felicitaciones, sonrisas, estrechones de manos, palmoteos en la espalda y fotografías.

Pero para sorpresa general, los que estaban más cerca del tenista inglés pudieron oír que le indicaba a su entrenador:

—Quédate tú por mí, John.

Luego corrió hacia los vestuarios y nadie más volvió a verle.

Por un instante, cundió la confusión. Nadie se explicaba por qué Richard Howard no estaba allí, al menos para recibir el trofeo de manos de la primera autoridad francesa.

Aquello constituía un desaire y hasta una ofensa.

Por muy rico aristócrata e hijo de un lord inglés que fuese aquel joven, no debía comportarse de tal manera.

Y además, muchos millones de telespectadores estaban presenciando lo que pasaba.

Pero, mientras todo esto ocurría Richard Howard conducía veloz un moderno deportivo Alfa-Romeo hacia el aeropuerto parisino de Orly.

Deseaba pilotar su avioneta particular hacia Inglaterra, cuanto antes mejor.

Ahora el tenis nada le importaba…

Capítulo II

EN la regia mansión de lord Howard Lansbury, el maduro aristócrata hacia esfuerzos supremos para seguir portándose como todo un caballero. Pero serio, visiblemente preocupado, tras atusarse los canosos bigotes una vez más le dijo a la mujer que tenía ante él:

—¿Quién es el padre?

Telma Brown se encogió de hombros, hizo un leve mohín con los labios y al fin manifestó displicente:

—¡Bah! No te importa.

Alex Howard, duque de Lansbury, estuvo a punto de perder los nervios y exclamó:

—¿Cómo que no me importa? ¡Soy tu marido, Telma!

—Por desgracia —volvió a manifestar ella.

—Por última vez… ¿Quién es él?

—No hace falta que grites.

—¡Pues contesta!

—Nunca te lo diré.

Con su imponente figura de gran señor, embutido en su bata de seda que llevaba bordado en oro el anagrama de su título de nobleza, el dueño de la mansión empezó a pasear con las cuidadas manos cruzadas a la espalda. Estaban en el saloncito privado de aquella gran casa en las afueras de Londres de más de setenta habitaciones y, cuando volvió a mirar a su segunda esposa lo hizo comentando:

—Sabes muy bien que no apruebo los divorcios, ni los abortos.

—Pues lo primero es la única solución.

—¿Y lo segundo…? —apuntó el aristócrata.

—¡Jamás! —rechazó con firmeza ella—. Tendré a mi hijo.

—Pero cómo… ¿Cómo pudiste cometer una cosa así, Telma?

—Lo que yo me pregunto es otra cosa, Alex.

—¿Yes…?

—¿Cómo pude casarme con un hombre como tú?

—Te empeñaste en conseguirlo —reprochó a su vez él—. Te deslumbró mi título y mi dinero.

—Y tú me «compraste» a mis padres.

—Olvida ahora a tus padres: bien que se aprovecharon.

—¿Y tú no? —se irritó ella—. Me triplicas la edad. ¡Eres un viejo!

—¡Calla, pécora!

—No te permito que me insultes. Lo que voy a tener será un hijo del amor, no de las falsas conveniencias.

—Eres mi esposa y llevas mis apellidos. ¡Me debías respeto!

—¿Y pudrirme entre estas lujosas paredes?

—Siempre te llevo a todos los sitios: acudías a fiestas y recepciones.

—Sí… Me llevabas como si fuese una flor, prendida en el ojal de tu *smoking*. ¡Un lujo más del rico lord Howard Lansbury!

—¿Qué te faltaba? Lo tenías todo.

—Menos amor, caricias… ¡Sentirme mujer!

—Calla, calla… Llámalo vicio, en tu caso.

—O necesidad… ¡Sólo tengo veintidós años!

—Debiste pensarlo antes.

—¿Y tú? ¿No eras mucho mayor y más consciente?

—Llevaba muchos años viudo y mi hijo… ¡Ya sabes! Siempre está viajando por ahí, con la excusa del dichoso tenis.

—¡Bonita familia! —volvió a reprochar ella—. Mucho rumbo, categoría y millones, pero sin lo más necesario.

Tras un breve silencio, el hombre maduro reflexionó al pedir:

—No hace falta que nos hiramos más, Telma. Pero hay que buscar una solución a esta situación.

—El aborto no —volvió a rechazar ella—. Mi embarazo ya es de tres meses y, además… ¡Te he dicho que tendré a mi hijo!

—Pues el divorcio… ¡tampoco!

—¿Por qué no, Alex?

Acercándose a la joven, el dueño de la mansión argumentó:

—¿Estás loca? En tu situación todo Londres se burlaría de mí… Toda Inglaterra… ¡Todo el mundo!

—¿Es eso lo único que te importa?

—¡Me importa! Llevo un nombre ilustre. ¡Un apellido que jamás se ensució con una cosa así!

—Entonces ya me dirás.

—He estado pensando que como nada sabe la gente aún…

—No, Alex, no… No seguiré contigo ni en esta casa.

—Precisamente me refería a eso.

—Habla.

—Nos divorciaremos en su día, Telma… Pero sin escándalo.

—¿Qué quieres decir?

—Que ese hijo bastardo que llevas en tus entrañas, no llevará mis apellidos ni heredará un solo penique de mi fortuna.

—No me opongo a eso, Alex.

—Hacerlo, agrandarla tu desvergüenza.

—Te he dicho que no me hables así.

—¡Te lo mereces!

—Sigue gritando: se enterarán todos los criados.

—No, Telma, no… Nadie más que tú y yo sabrá nada de todo esto.

Reculando hasta la gran chimenea de mármol encendida, la mujer preguntó:

—¿Vas a matarme? ¿A silenciarme para siempre?

—No temas: sabes muy bien que no soy capaz de cometer una salvajada así.

—Pero tienes poder y millones para pagar a quien lo haga.

—Mi proposición es correcta. ¡Y hasta justa!

—Pues habla de una vez.

—Vas a ir a una casa que tengo en Escocia. Es una finca apartada, con algo de tierra y ganado; una especie de granja.

—¿Quieres llevarme lejos de Londres?

—Así podrás tener allí tranquilamente a tu hijo.

—¿Y luego…?

—Regresarás; pero sin que nadie conozca tu vergüenza.

—Te he dicho que no pienso seguir viviendo aquí, contigo.

—Sólo tendrás que soportarlo unos meses… El tiempo suficiente para decir a todos que has estado en el campo.

—Más hipocresías, Alex.

—Necesarias, mujer. Te he dicho que no quiero escándalos.

—¿Y mi hijo?

—Le cuidarán: no le faltará de nada. Hay allí un matrimonio escocés que se cuida de todo aquello. Son los que me envían las rentas.

—No… No me separaré de mi hijo.

—¡Lo harás! —casi volvió a estallar con cólera—. O lo perderás todo.

—Nunca fui duquesa ni rica. No me importará.

—Pero lo harás por mí. Es la mejor solución, porque al poco serás tú la que solicitará el divorcio.

—¿Por qué precisamente yo?

—Porque diremos que te has enamorado de otro… Sólo así podrás volver con ese maldito hombre que nos ha deshonrado.

—Yo me entregué a él voluntaria.

—¡Seguro! —se volvió a encrespar—. Nunca fuiste una mujer de mi clase.

—¡Ni ganas! —aceptó ella la ofensa.

—Pues cuando nada se respeta ni se hacen las cosas bien, se deben pagar las consecuencias, querida.

—Déjate de finas ironías, Alex. De nada me arrepiento.

—Allá tú; pero no me mancharás a mí… ¡Ni a mi hijo!

—Richard me comprendería —se defendió ella.

—Lo dudo. ¡Lleva mi sangre!

—Pero es muy distinto. Esa clase de vida que lleva con tantos viajes y el deporte, le hace ser más humano.

—Ahora hablamos de ti, no de mi hijo.

—¿Le dirás la verdad a él?

—¡Nunca! Richard tampoco tiene por qué saber nada. Siempre le atormentaría que mi segunda esposa, la mujer que llegó a ser su madrastra y vivir en esta casa, haya resultado una…

—¡No lo digas! —pidió ella—. Aceptó tus planes, Alex.

—Pues para luego es tarde. Tomarás el primer avión para Escocia.

—Tengo que hacer las maletas.

—¡No! Nada te llevarás de esta casa.

—Pero…

—Dinero sí, Telma: todo el que necesites hasta que te divorcies de mí.

—No necesito tu dinero. Tengo joyas que puedo vender.

—Joyas de la familia, que mucho conoces. Tampoco te las llevarás.

—Te estás vengando, Alex.

—No es venganza, mujer; pero nada que pueda enlodar nuestro apellido se hará.

—Lo dije antes: sólo te importa tu honor… ¡La dignidad de los Lansbury!

—¿Te parece que no es importante?

—Está bien: tomaré el primer avión para Escocia.

La mujer caminó en busca del timbre para llamar a uno de los criados, cuando el dueño de la mansión la detuvo con un grito:

—¡No! ¿Qué vas a hacer, Telma?

—Llamar a la doncella, para que avise al chófer.

—No… No irás al aeropuerto en el coche. Toma un taxi y en paz.

Y dejando despreciativamente sobre una mesita Luis XVI un fajo de billetes añadió:

—Ahí tienes dinero y sal de esta casa… ¡Por la puerta del servicio!

Ella también le miró con desprecio y objetó retadora:

—Te equivocas, Alex… Saldré por donde siempre… ¡Aún soy la señora duquesa Howard Lansbury!

Y sin volver la vista ni una sola vez atrás, olímpicamente, la mujer abandonó aquel saloncito privado.

Por eso no pudo ver que el anciano Alex Howard Lansbury, reclinándose en uno de los sillones, se ponía a llorar.

¿Era por sentimiento, por dolor, o por el orgullo herido en su

dignidad de hombre y aristócrata?

La joven Telma Brown nunca lo podría saber.

Capítulo III

LA campanilla de la puerta sonó y la escocesa Ann dejó de trastear por la cocina. Desde allí buscó los ojos de Telma Brown que reposaba en una rústica mecedora y comentó extrañada:

—¿Quién puede ser, señorita? A estas horas Tom anda con las vacas.

Los zuecos de la mujeruca repercutieron sobre las tablas del gastado suelo y cuando abrió la puerta, nuevamente quedó muy extrañada. Ante ella tenía un hombre alto, joven, elegantemente vestido y con toda la pinta de vivir muy lejos de aquellos apartados campos, posiblemente en la ciudad de Merrick:

—¿Quién es usted y qué diablos se le ha perdido por aquí, joven? —le interrogó malhumorada.

—¿Es ésta la granja de Tom MacDonald, señora?

—¡Lo es! Y yo no soy una señora.

Y añadió a punto de cerrar:

—Mi marido no está ahora.

—Busco a Telma Brown, por favor…

—¡Ah, sí! El amo nos telegrafió anunciándonos que llegaba una de sus criadas a parir.

Richard Howard no se amilanó por la tosquedad ni el lenguaje de aquella campesina y solicitó amable y sonriente:

—¿Puedo pasar, señora?

—Me llamo Ann… Pase, pase si quiere.

Y mientras la guiaba hasta el rústico comedor fue comentando:

—Ella está ahí, pensando siempre en las musarañas.

Telma Brown estuvo a punto de soltar un grito cuando vio allí al joven Mark Howard: pero de sus labios no partió ningún sonido y sin levantarse de la mecedora tan sólo sus cuidadas y finas manos quedaron extendidas, ya fuera de la manta que la abrigaba

El joven tenista se acercó y tomando entre las suyas aquellas manos se interesó:

—¿Cómo estás, Telma?

—Bien… Muy bien, Richard… ¡Pero siéntate, por favor!

—Sí, vengo cansado. El autobús me ha dejado en Merrick y no he podido alquilar ningún coche. Me dijeron que sólo tenían tres y dio la

casualidad que ocupados.

—¡Y esto está tan lejos! —suspiró ella.

—Pero el campo te sienta bien. ¡Estás más guapa que nunca!

—¿De veras? —se le iluminaron los ojos a ella.

—Los embarazos siempre sientan bien a las mujeres. Las hace más… ¡Más etéreas e interesantes!

—Vienes muy galante, Richard —apuntó Telma.

—Nada más recibir tu telegrama, salí pitando de París.

—¿Me lo perdonas?

—Hiciste bien, mujer. ¡Tenía que venir!

—Fue idea de tu padre el que me instalase aquí. Cuando me echó de su casa estuve a punto de decirle toda la verdad.

Al oírla, Richard Howard soltó con prontitud aquellas manos, se puso en pie y exclamó como alarmado:

—¡Telma!

—Compréndeme, mi amor… Estoy muy sola… Totalmente sola y me siento abandonada.

—Pero eso sería una locura, mujer… Sería tanto como… ¡Cómo matarle!

—¿Y cómo crees que me siento yo, cariño?

Nervioso, visiblemente alterado, el joven se puso a pasear por el reducido comedor. A veces tropezaba con los rústicos muebles de madera y al fin empezó a pretender argumentar:

—Nadie te ha abandonado, Telma. Ya ves que yo mismo estoy aquí.

—Porque te puse aquel telegrama.

—¿Sabes que me hiciste ganar el torneo?

—¿Ah sí? —pareció interesarse ella sin ganas.

—Me dio tanta rabia que mi padre tomase esa decisión, que me entraron ganas de machacar a mi rival Maurice Bonlieau con las pelotas que le lanzaba. ¡Se desconcertó!

—¿Y qué esperabas que decidiera tu padre? ¿Que siguiera aceptándome allí como su esposa?

—Es tu marido, ¿no?

—Pero no el padre del hijo que va a nacer.

—Bueno eso… Yo… Yo no lo podría asegurar.

—¡Richard! ¿Cómo te atreves a dudar eso?

—No te excites, Telma.

—Tu padre y yo nunca llegamos a tener unas relaciones de hombre a mujer completas. ¡Y tú lo comprobaste!

—No me grites ni te pongas así, porque estoy aquí por mi voluntad. ¡Entérate, Telma!

—De lo que me entero es de tu actitud. ¡Sólo fui un capricho para ti,

Richard!

—¿Y qué pretendes? ¿Que espere vuestro divorcio y me case contigo?

—No, si no lo deseas.

—No se trata de eso, mujer. Pero tú figúrate el escándalo que se formaría.

—A ti te importa también más todo eso que yo.

—Me importa la vida, las circunstancias, todo lo que nos rodea y quiénes somos.

Dejó de dar vueltas como un león atrapado y tras breve pausa quiso recalcar:

—¿Te figuras los titulares de la prensa? «Richard Howard, famoso tenista, hijo del aristócrata lord Howard Lansbury, le pone los cuernos a su padre con su mujer y van a tener un hijo.»

El mismo se horrorizó de lo que había dicho y volvió a clamar:

—¡Horrible, Telma! ¡Sería el fin de mi padre y el mío! El mundo entero se partiría de risa. ¡A carcajadas!

—No haberte acercado a mí.

—¡Tú me incitaste!

—¿Yo…? ¡Oh, Dios mío! Y encima tener que oír eso. —Yo no vivía en casa. Siempre estaba viajando por ahí. —Pero aquellos días te quedaste. ¡Y me dijiste que me querías!

—¡Maldita sea! Un hombre no es de piedra.

—Ni una mujer… Y mucho menos en mis circunstancias. —No podías quejarte. Con mi padre vivías como una reina.

—Pero sin amor… Sólo con sucias caricias de viejo vicioso.

—No le llames así.

—¡Lo es! Pese a lo que todo el mundo cree. Como tú —siguió acusadora—: Que nadie diría que eres un canalla.

—¿Yo? ¿Yo un canalla?

—Lo es quien pretende abandonar a una mujer así.

—¡Y dale! Te he dicho que nadie te ha abandonado. Estoy seguro que mi padre te mandará más dinero y yo de vez en cuando, cuando pueda me pasaré por aquí.

—¿Es que piensas marcharte? —indagó ella con ansiedad.

—Tengo que hacerlo, mujer. Dentro de tres días juego en Australia. Estoy inscrito en el torneo de Melburne.

—¡Dios mío, Richard! Australia está muy lejos.

—¿Y qué quieres que haga yo? ¿Que mande trasladar ese Continente aquí?

—No te burles, por favor. ¡Me moriré de tristeza!

—No… No te morirás: esa mujer te cuidará y te repito que nada te

faltará.

—No todo se arregla con dinero.

—A propósito de eso. Salí de París sin cobrar; pero puedo extenderte un cheque y…

—No, Richard: no necesito nada. Sólo tu cariño.

—No te pongas pesada, Telma. A ese hijo yo no puedo reconocerle. ¡Debes comprenderme tú a mí!

Ya no le miraba: se había arrebujado en la manta que sostenía sobre las rodillas, para llorar más silenciosamente. Lágrimas amargas, incontenibles: dolor de mujer que se sabe con un hijo en las entrañas y rechazada.

Dolor hondo, profundo.

Sin consuelo.

Por su parte, Richard Howard no dejaba de echar miradas furtivas a su reloj de oro. Le habían dicho en Merrick que si deseaba llegar a Edimburgo aquella noche, no debía perder el autobús. Apenas le quedaría tiempo para volar hacía Londres, pasar unas horas junto a su padre y volver a tomar el avión hacia la lejana Australia.

El torneo de Melburne no podía esperar.

También pensaba ganarlo: ahora estaba en un buen momento.

Al fin se decidió y anunció:

—Tengo que marcharme, Telma.

Ella siguió llorando, como si no le hubiese oído. Su congoja la ahogaba y sabía que todas sus palabras, todos sus ruegos y súplicas serían inútiles.

Sólo cuando le escuchó caminar buscando la salida de la casa le acusó en su desesperación:

—¡Sois tal para cual! ¡Vete! ¡Vete para siempre!

Richard Howard no detuvo sus pasos y tan sólo musitó al salir al exterior:

—«De saber que se pondría así, no vengo. ¡Y ahora a caminar hasta Merrick!»

Capítulo IV

GANÓ el torneo de Melburne, enfrentándose nuevamente en la final al norteamericano Davis Taylor, al que derrotó en tres soberbios *sets* que le salieron redondos. No tuvo ni un fallo y, totalmente concentrado, sin que nada más que ese partido le interesase, pudo ofrecer al entusiasmado público los mejores golpes de su tenis.

Con la nueva victoria su cotización en el ranking mundial alcanzó la cuota de un Inge Munster o un Maurice Bonlieau, lo que le valió ser invitado para lucir su raqueta en varios torneos norteamericanos, para finalizar en Forest Hill, donde fue eliminado por Davis Taylor en un reñido partido que ambos consideraron como de la revancha del de Melburne.

Y de allí a Sudáfrica, a jugar en la ciudad de El Cabo, donde no pudo tomar parte en el torneo el norteamericano Reynols, por el color de su piel: las rígidas autoridades de Pretoria no dejaban jugar en sus pistas a los hombres de color.

Para ellos, los tenistas negros no contaban.

Para Richard Howard sólo contaba el tenis, sus triunfos, sus torneos ganados, sus victorias.

Su vanidad, ya que el dinero nada significaba para él.

Fue al inscribirse en el circuito europeo, para jugar en

Roma, Madrid, Estocolmo y Londres, cuando decidió volver a Telma Brown.

Los meses habían volado para él como siempre y calculó que, si no llevaba las cuentas mal, el que ella decía que era su hijo no tardaría en llegar al mundo.

Durante todo aquel tiempo sólo la había escrito cinco o seis veces, a una carta por mes todo lo más: en aquellas cartas había prometido mucho, pero sin pensar cumplir con nada. Lo hizo porque en su fuero interior le remordía la conciencia, pero más que nada por una razón práctica: no quería que, en su enfado y abandono, Telma llegase a escribir a su vez a su padre contándole toda la verdad de «su deshonra».

Una cosa así sería catastrófica. Y más que por el disgusto de su padre y lo que le pudiera echarle en cara a él, por el escándalo que trascendería a la prensa. Pensar una cosa así le hacía temblar, imaginándose los titulares, con fotos suyas en las revistas del corazón,

las del viejo lord Howard Lansbury e incluso las de Telma Brown, porque estaba seguro que si todo aquello salía a flote los afanosos periodistas la localizarían en su escondite y ya no la dejarían en paz.

Bien mirado, la noticia resultaría muy «sustanciosa y muy rentable». Todo el mundo querría saber, investigar, hurgar en todo aquel morboso asunto para saber si el fruto de aquel «amor escandaloso», heredaría o no algún día la fortuna de los Lansbury.

Legítimamente, le pertenecía por dos partes, ya que la cuestión era saber si era el hijo de lord Howard Lansbury, o bien de su hijo Richard. Con toda seguridad, si el primero perdería su puesto en la Cámara de los Lores, de los Pares de Inglaterra, el segundo se moriría de vergüenza.

Y aún podía perder algo más.

Últimamente, desde hacía tres meses, a todas partes le acompañaba Ingrid Werner, una joven y rubia princesa alemana, de la rama de los Hans-Holleinstaing, con la que pensaba casarse. Católica y muy rígida para ciertas cosas, Ingrid no era capaz de perdonar todo; incluso le acompañaba a todos los torneos acompañada de su hermano Walter y todo su séquito de criados, para que él dejase de ser el alegre y conquistador «play-boy» que siempre había sido.

Sus aventuras amorosas aquí y allá, habían terminado desde que los hermanos Hans-Holleinstaing le acompañaban. Sus fotografías aparecían en todas partes, apareciendo incluso en las portadas de todas las revistas del mundo. Soltando buenas propinas también aquí y allá, la recatada Ingrid Hans-Holleinstaing había conseguido crear un ambiente romántico en torno a ellos; los reporteros gráficos escribían que eran la «pareja ideal del mundo» y que su boda, a no tardar, sería lo que se dice en tales casos.

«La boda del siglo.»

Un Howard Lansbury, rico heredero del viejo lord y por lo tanto aristócrata por él mismo, emparentado con los Hans-Holleinstaing, de la rancia y vieja nobleza europea. ¿Qué se podía pedir más?

El famoso tenista esperaba que todo aquello no se viniese abajo. Por méritos propios había llegado a la cumbre y se estaba muy bien encaramado en ella: era joven, rico, noble, famoso y conocido por todos y en cualquier parte se le recibía muy bien. Con agasajos, fotografías, invitaciones en las reuniones más importantes de los privilegiados de la fortuna.

Las casas comerciales le perseguían tenazmente, ofreciéndole verdaderas fortunas en contratos que él nunca firmaba, porque se consideraba muy por encima de todo aquello. El, Richard Howard, único heredero de los Lansbury y a punto de emparentar con los Hans-Holleinstaing, no podía ponerse a anunciar prendas deportivas, una colonia masculina o calzoncillos.

Eso quedaba para los «pobretones», para los «otros».

—Yo lo hago todo simplemente por el deporte. Y por el nombre de Inglaterra —solía decir.

Siempre bronceada su piel, impecablemente elegante, era la imagen viva del *gentleman* británico imperturbable, que marchaba feliz por la vida ofreciendo sonrisas.

Y acaparando triunfos deportivos.

Ya le solían llamar «Raqueta de Oro» y «El Rey de la Pista», además de otros muchos calificativos elogiosos. Hasta se había grabado un disco haciendo alusiones a él, cuya letra venía a decir que «la gloria sólo ofrece sus dulces mieles, para aquellos que se esfuerzan en alcanzarla por el simple placer de sentirse hijo de los dioses».

Algo cursi y rebuscada le pareció aquella canción con música moderna, pero aceptó al fin que saliera el disco al mercado.

La casa discográfica, y también el cantante, se habían inflado. Y él se había cuidado de que se supiera que los beneficios que le correspondía, iban íntegramente a la UNICEF.

Nuevo clamor general para el tenista Richard Howard.

Más aplausos y felicitaciones.

¡Más gloria!

* * *

El saldo de sus torneos por Europa no había estado mal: triunfos en Roma y en Madrid, a expensas de Sandro Tucchi y Mario Lázaro respectivamente; derrota en Estocolmo a manos del fenómeno sueco Inge Munster y nueva victoria en su país, en Londres.

En loor de multitudes, naturalmente.

Tuvo que cumplir con muchas invitaciones, fiestas, entrevistas con los periodistas y hasta en un programa deportivo para la televisión inglesa que, por supuesto, posteriormente sería vendido a las diferentes cadenas mundiales.

Hacían bien en llamarle «Raqueta de Oro». Todo lo que hacía se convertía en un océano de dinero.

También le entretuvo la visita a su padre y, sobre todo, el nuevo capricho de la voluntariosa Ingrid. Ahora se le había metido en la cabeza casarse en la abadía de Westminster y pretendía invitar a medio Londres, además de un par de reyes destronados de Europa y una larga lista de príncipes alemanes, austríacos, búlgaros, húngaros, italianos y españoles.

—¡Son mis amigos! —insistía.

—Si yo invito a todos los míos, la boda tendrá que ser en un estadio olímpico —soló apunto él.

El caso era que, entre unas cosas y otras, no encontraba ocasión para volar hacia Escocia y, desde Edimburgo, tomar el autobús hasta Merrick, para allí alquilar un coche hasta la granja de Tom MacDonald.

Telma Brown estaría a punto de ser madre.

Siempre aficionada a las revistas, la esposa de su padre estaría al corriente de su próxima boda. Porque, se quisiera o no, Telma seguía siendo la duquesa de Howard Lansbury todavía.

Al menos, oficialmente.

Él tenía que parar cualquier golpe bajo que pudiera llegar desde aquella pequeña granja escocesa. Así es que un día le pidió a su fiel entrenador John Bess:

—Arréglatelas como puedas, John. Pero yo me tengo que ir.

—¿Adónde vas, Richard?

—Pues… A descansar.

—Puedes hacerlo aquí.

—¡No, no! Quiero estar solo… ¡Completamente solo!

—¿Cuánto tiempo?

—¡No lo sé, hombre! Cosa de un par de días.

—¿Tanto?

—¿Te parece mucho? ¿Es que no tengo derecho a un poco de tranquila soledad?

—Tienes derecho a todo lo que quieras, Richard, pero… ¿Y qué digo cuando pregunten por ti?

—Que me he ido al Polo Norte, a cazar osos.

John Bess quedó pensando que tendría que buscar otra excusa.

Aunque, bien pensado, cualquier cosa que pudiese decir y hacer aquel mimado por la fortuna, caería a todos muy bien.

Originalidad, claro.

Capítulo V

MIENTRAS conducía el coche alquilado hacia la apartada granja, Richard Howard no dejaba de pensar, dándole vueltas a la cabeza. Calculó que lo ideal sería que Telma Brown no saliera nunca de donde estaba.

Ni ella ni el hijo que iba a tener, por supuesto.

—Aunque mejor sería que…

Le asustó la idea que empezaba a acudir a su mente. Tuvo la ayuda en uno de los muchos baches que había por aquel camino, dejando de formular su pensamiento al tener que atender al volante.

Pero unos metros más allá se dijo a él mismo:

—¡No…! Eso sería monstruoso. ¡No lo puedo hacer!

Se puso a silbar una musiquilla pegajosa, pero resultaba inútil. La idea seguía rondando por su mente, como rebotando en las paredes de su cerebro.

El agudo problema Telma Brown seguía latente, martirizándole, acosándole siempre entre las sombras, en la parte negativa de su placentera vida de triunfador.

—¡Maldita sea! —exclamó al recordar—. Aquella tarde debí volverme loco.

Había sido un imprudente, un caprichoso, como siempre. Nunca le había negado nada la vida y aquella aciaga tarde había querido gozar con lo que no le pertenecía.

Con la esposa de su propio padre.

—Fui un imbécil —se acusó—. A mí me sobran las mujeres.

Y había tenido que ser precisamente con ella, con Telma Brown: la joven duquesa de Howard Lansbury.

La acuciante idea volvió a rebrotar en su cabeza:

—Claro que si esa mujer muere… Asunto arreglado, liquidado.

La palabra «liquidar» volvió a asustarle y, en uno de los tumbos del coche, casi se sale del camino embarrado. El edificio principal de la granja ya se podía distinguir allá, al fondo, con sus tejas pizarrosas húmedas y brillantes por la lluvia que no dejaba de caer.

—Todo esto está muy solitario —volvió a decirse.

Unas vacas que rumiaban sobre la verde hierba le miraron al pasar, haciendo sonar sus cencerros al levantar las cabezas. Era lo único que se

oía por allí, aparte de la lluvia al repiquetear sobre el parabrisas. Aquella soledad le hizo pensar que nadie podía imaginarse que él, el famoso tenista Richard Howard, rondaba por allí, en aquel punto olvidado y perdido de Escocia.

«Pero lo sé yo —se dijo—. ¡Y tengo mi conciencia!»

Ciertamente, no supo por qué paró el coche mucho antes de llegar a Fa casa. Llevó al vehículo junto a un grupo de árboles, aunque tuvo que rodar por entre los surcos de la tierra labrada.

—Aquí se mojará menos —se excusó—. Los árboles le protegerán de la lluvia.

Pero, ¿qué le importaba a él aquel viejo coche alquilado?

Cuando bajó y hundió sus zapatos de fina piel en el barro, se dijo que ahora tendría que andar por aquel lodazal hasta la casa. De no ser por el humo que no dejaba de salir por la chimenea de ladrillos rojos, parecía que nadie vivía allí, que estaba abandonada.

Sus pasos parecían furtivos, como recelosos. No andaba con la seguridad y la firmeza que lo hacía sobre las pistas de tenis. Sus pies le pesaban una tonelada cada uno.

—Es el barro…

El no fumaba, nunca lo había hecho, como buen deportista. Pero ahora, el vaho que salía por entre sus labios entreabiertos parecía que lo hacía. ¿O era el fuego interior que ardía en sus pulmones y estómago?

—Hace frío por estas latitudes —volvió a decirse una vez más.

Cuando al fin llegó ante la rústica puerta de la casa, antes de tirar de la campanilla vaciló. Quería dejar pasar el tiempo, para saber si desde el interior de la casa le habían visto llegar por alguna de las ventanas.

Casi dio un salto hacia atrás cuando la puerta se abrió y ante él vio a la arrugada campesina Ann, que con su voz destemplada le pidió por todo saludo:

—Pase, señor… ¡Está a punto de llegar!

—¿Qui… quién? —preguntó tontamente.

—¿Quién va a ser, señor? El niño… Yo voy a avisar a mi marido, para que vaya al pueblo en busca del médico.

—¡No…! Espere, Ann —se encontró pidiendo.

—¿Cómo dice, señor?

—Que… que no hace falta.

—¿Cómo no va hacer falta, si la señorita Brown me ha dicho que es primeriza? —pareció reprochar la mujer.

Richard Howard pestañeó varias veces, pero volvió a encontrarse diciendo, mintiendo con aplomo:

—Soy médico, señora.

—¡Ah…! Pues pase, señor. ¿A qué espera? ¿Qué hace ahí parado,

hombre de Dios?

Cuando penetró en aquella casucha, el hombre refinado y culto, acostumbrado a una clase de vida y comodidades muy distintas, sintió un vahído en el estómago; allí olía a ropa sudada, a tabaco barato de pipa y a verduras.

—Estoy calentando agua en la cocina —le anunció la escocesa a sus espaldas.

—Hace bien, Ann. Es usted una mujer previsora.

—Es que los dolores le empezaron hace rato.

—Perdone, Ann… ¿Ha tenido usted hijos?

—Si… Pero no son hijos de Tom MacDonald.

—¿Có… cómo dice, señora?

—Que al poco de quedar viuda me casé con Tom cuando mis hijos se fueron a estudiar a la Universidad de Edimburgo. Necesitábamos un hombre capaz de cuidar de estas tierras que tenemos arrendadas.

—Dígame Ann… ¿Sabe quién es el dueño de estas tierras?

—No lo sé, ni me importa.

—¿De veras?

—Nosotros nos entendemos con el arrendatario, que vive en Merrick.

La mujeruca pareció recordar algo, empezó a pellizcarse uno de los labios y amplió su información:

—Bueno: creo que vive en Londres. Hace unos meses nos telegrafió, para indicarnos que vendría la señorita Brown a… ¡Ya me entiende!

—¿En qué habitación está?

—En aquella del fondo: era la nuestra, pero Tom y yo se la cedimos a ella… Como sólo sería para unos meses, quisimos que estuviese más cómoda.

—Gracias, Ann. Traiga esa agua y dispóngase a ayudarme.

—¿Yo, señor?

—Supongo que sabrá cómo se trae a un hijo al mundo, ¿no?

—¡Claro que lo sé! —casi se ofendió—. Muchas veces he ayudado a alguna vecina de por aquí, pero como usted es médico, señor…

—De todas formas me ayudará.

Richard Howard buscó en su cartera de fina piel de cocodrilo y ofreció generoso y sonriente:

—Y por esa ayuda yo le doy esto, Ann.

—¡Oh, no, señor! —rechazó la campesina—. No hace falta.

—Insisto: les compra un buen regalo a sus hijos y se lo manda a la Universidad de Edimburgo.

—Si insiste y es para eso, yo… yo…

De pronto la mujer preguntó:

—¿Ha venido usted andando, señor?

—Pues… sí… Así es: no había coches en Merrick, como la otra vez.

—¿Y no ha traído su maletín de médico?

—No tiene importancia, Ann. Nos apañaremos como sea y con su eficaz ayuda…

—¿Quiere que avise a mi marido?

—¡Oh, no! No… ¿Para qué molestar a Tom?

—Debe andar cerca: cuando llueve se dedica a remover el estiércol.

Y añadió, ante el silencio del visitante:

—Pues voy a por el agua caliente, señor.

Al quedar solo ante aquella puerta, Richard Howard al fin se decidió entrar en aquella habitación. Era reducida y con muy escaso mobiliario de madera rústica: al fondo estaba la cama y en ella la sudorosa Telma Brown no dejaba de aferrarse a los barrotes de la cabecera ni de gemir.

Sin poderlo evitar, el famoso tenista se encontró pensando que aquello era la imagen más opuesta que uno se podía imaginar de una duquesa de la casa de Howard Lansbury.

Las viejas maderas del suelo crujieron ante los pasos del hombre y los ojos desencajados de la joven parturienta se clavaron en él. Telma le reconoció al instante y exclamó con un hilo de voz:

—¡Oh, amor mío! Dios ha oído mis plegarias… ¡Estás aquí! ¡Has venido!

—Cálmate, Telma, por favor…

—¿Por qué no te acercas más? Quiero tocar tus manos… ¡Sentirte cerca, Richard!

—Luego lo haré, cariño… Ahora debes tranquilizarte y esperar.

Soportando el dolor, las esperanzas femeninas se manifestaron al decir:

—Ya he esperado bastante… Meses y meses tan sólo con tus cartas… ¡Nuestro hijo está a punto de llegar, Richard! ¡Le siento venir!

Y de pronto un grito desgarrador, con una pregunta que exigía respuesta:

—¿Por qué te vas, Richard? ¿Por qué vuelves a alejarte de mí otra vez?

—Voy a buscar a Ann.

—¡Ay, Dios mío! ¿Es que aún no ha avisado a Tom, para que vaya en busca del médico?

—Sí, Telma… Pronto llegará Tom con el doctor. Pero ahora… Ahora debes esperar… Esperar, mujer.

—¡No puedo más! ¡No puedo!

—Sólo un momento, cariño… Ahora vuelvo, tranquilízate, mujer.

—¡No, Richard! ¡No te vayas! ¡No me dejes sola!

La respuesta fue cerrarse aquella puerta, que parecía pretender

alejarla por completo del mundo. Richard Howard buscó la cocina y pidió a la mujer que se disponía a cargar con el caldero humeante:

—Más caliente, Ann… ¡Mucho más caliente!

—Antes me dijo que se la llevase, doctor.

—¡Necesita hervir, señora!

—¿Pero no ve que ya está hirviendo, señor?

—¡No me replique, señora! ¿Y usted qué sabe de eso?

Para que no haya ningún microbio necesita estar mucho rato y… ¡Corra a avisar a su marido!

Nuevamente se extrañó la campesina, atreviéndose a preguntar pese a la reprimenda:

—¿Ahora sí quiere que le avise?

—Dígale que corra a avisar al médico.

Se dio cuenta de su contradicción y se encontró confesando:

—Yo no lo soy, Ann… Antes se lo dije para tranquilizarla. La vi muy excitada y pensé que… No pierda más tiempo, por favor: no creí que el parto estaba tan cerca y…

—Como usted diga —aceptó la campesina.

Pero no salió de la cocina sin refunfuñar ásperamente:

—Pero no le ha hecho usted ningún favor a la señorita Brown.

Capítulo VI

TELMA Brown había muerto: desangrada.

En completa y amarga soledad.

Ni tan siquiera había tenido tiempo para mirar a su hijo.

Ahora el niño estaba siendo atendido por la afligida Ann, que se había puesto a musitar palabras en un dialecto escocés que Richard Howard no entendía.

Pero aquellas palabras le sonaban dulces, tiernas, cariñosas.

No lo pudo evitar y unas lágrimas rebeldes acudieron a sus ojos. Interiormente se sentía culpable y lo peor era que —estaba seguro de ello— aquella desoladora y molesta sensación la sentiría siempre.

Toda su vida.

En aquellos momentos, con toda sinceridad, Richard Howard se arrepentía de su intervención en todo aquello.

Como la vez anterior, ya hacía muchos meses, se dijo:

—No debí venir…

—¿Qué dice usted, señor?

—Nada, Ann: pensaba en voz alta.

—Pronto llegará Tom con el médico.

—Pues le dice que certifique la muerte de esa mujer y en paz.

Se levantó irritado contra él mismo, se puso a buscar en los bolsillos y nuevamente ofreció:

—Aquí les dejo todo el dinero que llevo encima, Ann. Para el entierro y todos los gastos.

—¿Pero por qué se pone así, señor?

—Porque todo esto me afecta… en cierta manera.

—Estaba de Dios, señor.

—¿Estaba de Dios? —repitió el joven visitante como un eco.

Pero logró calmarse y aceptó:

—Es posible, Ann… Quizá haya sido lo mejor para ella.

—¿No la quería, señor? —se interesó la sencilla mujer.

—¿Yo? —volvió a irritarse—. ¿Quererla yo? ¿Pero que se ha creído, señora? Telma Brown no era nada mío.

—Como vino a verla como la otra vez… Yo, pensé que usted y ella…

—Pues hizo mal en pensar eso, Ann… Tan sólo se trataba de una

conocida… La… la novia de un amigo, a la que él… él…

—No tiene que darme explicaciones, señor.

—¡Ni las doy! Sólo pretendo aclarar las cosas bien.

—¿Se marcha ya, señor?

—No pensará que me voy a quedar a vivir en esta gorrinera.

—Si quiere, nuestra casa está a su disposición, señor. Con todo ese dinero que ha dejado sobre la mesa…

—Le dije que es para los gastos.

—Es demasiado, señor.

—No importa.

—¿Y qué hago con el niño, señor?

Aquella vez, Richard Howard no encontró una rápida respuesta. Miró al recién nacido y luego trasladó la mirada a las pupilas de la mujer que no dejaba de mecerle en sus rudos brazos de campesina.

Consideró que lo más prudente era seguir mostrándose fuerte y enfadado y al fin consiguió decir:

—A mí no me cuente, señora. Bastante me he molestado ya.

—Es posible que su amigo, ese novio de la pobre señorita Brown quiera…

—Me desentiendo totalmente, Ann. Tengo que regresar con mi esposa y mis hijos.

—¡Ah! ¿Pero está usted casado, señor?

—¡Claro que lo estoy, Ann! Pero para que vea que soy una buena persona le prometo una cosa.

—¿El qué, señor?

—Iré a ver a mi amigo y le contaré lo que ha pasado. Estoy seguro que él les mandará dinero, de vez en cuando.

—No es que me importe, señor. El chiquitín me gusta mucho. ¿Ha visto usted que manitas tan grandes y fuertes tiene? A Tom también le encantará: mi marido siempre ha querido tener un hijo conmigo, pero yo… Y además no crea que aquí nos sobra mucho.

—Es usted una buena mujer, Ann.

—Gracias, señor… Usted perdone, pero aún no sé cómo se llama.

Richard Howard volvió a dudar antes de mentir:

—Albert… Albert Taylor.

—Señor Taylor, puede prometerle a su amigo que sabremos cuidar bien de su hijo.

—Se lo diré, Ann.

Se acercó a la mujer, tuvo intención de inclinarse y dar un beso a la tierna criatura. Pero supo contenerse y limitándose a ofrecer la mano anunció:

—Debo marcharme, Ann… Ya es muy tarde.

—¿No espera a mi marido y al doctor?

—Me temo que no puedo. De aquí a Merrick hay una buena caminata.

—Le daré un paraguas, señor Taylor.

—¡Oh, no! No se moleste, Ann.

—No es molestia, señor Taylor.

—Es que… Como no volveré por aquí, no se lo podré devolver.

—¿Y eso qué importa, con todo ese montón de dinero que nos deja? —repitió la mujer—. Es un regalo mío, señor Taylor.

—Es usted muy amable, Ann.

—Y usted muy simpático. Es de las pocas personas que me llama «señora».

—Lo es usted, Ann. ¡Y con un corazón muy grande!

—Los escoceses somos así, señor.

Al poco regresó con un viejo paraguas, y aquella sencilla mujer abrió mucho los ojos cuando a su vez el joven visitante ofreció:

—Tenga, Ann: regalo por regalo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Pero ese reloj debe valer mucho!

—Se lo regala de mi parte a su marido.

—¡Quite ahí! El bruto de Tom nunca llevaría una joya como esa, señor Taylor.

—Se lo ofrezco de todo corazón, Ann.

—¡Está bien! —aceptó al fin—. Lo acepto porque usted también nos deja otro tesoro.

Y señaló con la mirada al recién nacido que seguía meciendo en sus amorosos brazos de mujer.

Richard Howard se emocionó mucho más que cuando realizaba una buena jugada en los campos de tenis y miles de personas le aplaudían a rabiar. Más que cuando ganaba un torneo y le ofrecían el trofeo. Y por supuesto, mucho más que cuando le pagaban un dinero que en realidad poco le interesaba.

Sintió un nudo en la garganta, pero consiguió decir:

—Que Dios proteja a todos los de esta casa, Ann.

Y salió al exterior, donde la pertinaz lluvia escocesa seguía. Antes de llegar al grupo de árboles bajo los cuales había dejado el coche, el joven tenista sintió las mejillas humedecidas.

Pero le echó la culpa a la lluvia.

* * *

Fueron artos de constantes triunfos y un continuo ascender y consolidarse en el ranking mundial de los tenistas.

Los mejores años de su vida deportiva.

Superó y dejó muy atrás al sueco Inge Munster, quien tras verse siempre derrotado por él un día decidió retirarse, prometiendo que nunca más volvería a las pistas de competición, mientras aquel fenómeno inglés jugase en ellas. Esto había ocurrido en Montecarlo y ante las cámaras de la televisión el famoso sueco había declarado:

—Ahora, el auténtico «Rey de la pista» es Richard Howard, señores.

Al francés Maurice Bonlieau también le había derrotado en muchas ocasiones. Y ello hasta el punto de que, cuando Richard Howard tomaba parte en algún torneo, el francés no aparecía por allí.

Aunque con ello dejase de perder muchos millones.

Menos soberbio, o posiblemente más tenaz y tozudo, el checo Landu Dorenko insistía una y otra vez a enfrentarse con el «Rey de la pista». Le había eliminado también muchas veces en los mejores torneos del mundo, y hasta en la tanda de partidos de la Copa Davis, cuya «Ensaladera» durante cuatro artos consecutivos pertenecía a Inglaterra, gracias a las fulgurantes intervenciones del ya maduro Richard Howard.

Pero el terco checo solía decir:

—Un día te pondrás enfermo y te venceré fácilmente.

—Si esperas eso, vas listo —le respondía Richard Howard—. Aún tengo una salud de hierro.

—Pero las drogas que tomas te afectarán al fin.

—¡Yo no me drogo!

—Lo haces, aunque muy en secreto, Richard.

—¡Mientes! Es una vil calumnia.

—No hay tenista que haga lo que tú, sin doparse, amigo.

—Eso es pura envidia. ¡Y puedo demostrártelo!

—¿Cómo, Richard?

—Pediremos al Comité Internacional de Tenis que analice nuestras orinas, nada más terminar el primer partido en el que tengamos que enfrentarnos.

—Si de verdad no tomas nada de esos potingues… ¡Te venceré!

—¡Lo veremos, Landu!

—Me apuesto lo que quieras.

—De acuerdo; pero doblando lo que nos den por el partido.

—Yo no tengo una familia aristocrática y tan rica como la tuya, Richard.

—Pero llevas también años ganando millones.

—En mi país es distinto y lo sabes. El Gobierno se queda más de la mitad.

—Pues fija la apuesta. ¡Me da igual!

—Lo dicho: lo que nos den, por el partido.

Estaban en el mejor hotel de Río de Janeiro, porque dentro de dos días tenían que jugar en el Brasil. Otro de los tenistas opinó:

—En el tenis no hay control antidoping, chicos.

—Nosotros lo pediremos.

—¡Malo, Richard! pueden acostumbrarse los jueces.

—Lo solicitaremos particularmente.

—Por mí, de acuerdo, Richard.

—Pues no se hable más.

Dos días más tarde, Richard Howard ganaba la apuesta, embolsándose una bonita cantidad de cruceiros brasileños. Su victoria sobre el checo Landy Dorenko resultó tan clara como aplastante: tres *sets* ganados por 6 a 0 no admitían réplica.

Efectuados los análisis acordados, Richard Howard dio negativo.

La sorpresa fue que Landu Dorenko había tomado alguna clase de «píldoras».

—Sólo tome una aspirina —se excusó el checo—. Me sentía algo resfriado con tanto cambio de climas y… ¡Te doy mi palabra, Richard!

—No importa. ¡Te he ganado otra vez!

Pero aquel hombre había seguido entrenándose al tenis inglés en todas las ocasiones que podía. Para él ya constituía una enfermiza obsesión.

Por lo que respecta a los norteamericanos Davis Taylor y el negro Reynolds, la dura pugna también seguía. En los últimos años, la proporción de partidos ganados por Richard Howard estaba a su favor; el primero había ganado sólo en tres de los diez enfrentamientos y el segundo tan sólo en una.

Y eso porque la primera vez que perdió con Davis Taylor no se había encontrado bien, en plena forma. Una noticia que ni a su propio padre le podía contar, le había desazonado no permitiéndole la total concentración que necesitaba cuando empuñaba la raqueta.

Había recibido una carta que le llegó desde una perdida granja de Escocia, cercana al pueblo de Merrick; con pésima letra, el campesino Tom MacDonald le pedía en su nombre y en el de su esposa Ann, que buscase algún trabajo a Tom Taylor en Londres. Ellos querían mucho al muchachito, pero consideraban que allí no llegaría a ser nada más que un rudo campesino como ellos.

Si no les hacía aquel favor…

Richard Howard se sintió turbado por la petición. La alarma se encendió en su cerebro al pensar cómo habían dado con él, localizándole para escribir aquella carta a la mansión de su padre, donde oficialmente vivía con su esposa Ingrid y con el hijo que habían tenido.

En aquellas torpes líneas se adivinaba una velada amenaza. Saber

que el famoso tenista vivía en aquella mansión de Londres, no era difícil: su nombre y fotografía aparecía con mucha frecuencia en las revistas y los periódicos. ¿Pero qué era lo que le querían decir de no complacerles?

Aquella preocupación le hizo perder el partido con Davis Taylor.

Estuvo fatal: casi como un principiante.

Se sintió turbado, pero tras reflexionar decidió que lo más prudente era contestarles en plan duro, comunicándoles que nada tenía que ver con aquel muchachito, que él no era ninguna agencia de colocaciones y que, por lo tanto, le dejasen tranquilo.

No quería que, después de diez años, nada de todo aquel viejo y feo asunto llegase a enturbiar su placentera vida.

Pero, precisamente el día que jugaba por la tarde con Reynolds, volvió a tener noticias de Tom MacDonald y su esposa Ann.

En aquella ocasión estuvieron más claros y había un párrafo en el que el campesino escocés llegaba a decirle:

«Señor Howard, mi esposa Ann tiene unas cartas de usted que le escribió a la señorita Brown. Si las hacemos públicas podrían aclararse ciertas cosas.»

Aquello le oía a claro chantaje y tampoco estuvo por la tarde para jugar al tenis.

Perdió con el negro Reynolds.

Les mandó dinero. Aunque comunicándoles que lo hacía por encargo de su amigo. Ya sabían: el que debía ser el padre del muchachito.

Su vida de viajes y trajín constante, le hizo olvidar pronto el incidente.

Además de eso, los torneos y el tenis, ahora tenía mujer y un hijo de nueve años. Pasaba todo el tiempo posible en la mansión de los Howard Lansbury en las afueras de Londres, en una vida cómoda y regalada, en la que creía haber encontrado la felicidad.

No completa, desde luego; porque sólo los ingenuos o los estúpidos aspiran a eso.

Alguien había escrito que, cuando la felicidad viene a los seres humanos, nunca llega con aquellos deslumbrantes ropajes que se esperaba encontrar.

Al fin de cuentas, él no podía quejarse.

Capítulo VII

SEGÚN los acuerdos de la Federación Internacional de Tenis, la final de la Copa Davis se tiene que celebrar en el país que haya conseguido el preciado trofeo en el último año.

Gracias a las intervenciones de Richard Howard, en los últimos tres años Inglaterra podía presumir del valioso galardón.

Y aspiraba a hacer lo mismo en aquel cuarto año.

Todos los ingleses contaban con el «Rey de la pista» y según el equipo de la Gran Bretaña iba salvando las eliminatorias, toda la prensa deportiva daba por segura la victoria.

Sobre todo si Richard Howard no se lesionaba y continuaba participando en los dos partidos individuales y en el de dobles. Tres puntos sobre cinco era más que suficientes, fueran los otros finalistas des país que fuesen.

Siempre que se acercaban aquellas eliminatorias, Richard Howard se prodigaba menos en los torneos, tanto para no saturarse de partidos como para poder entrenar.

Y descansar a la par un poco.

En los amplios jardines de la regia mansión de los Howard Lansbury, no sólo había una excelente piscina y cuidado campo de golf, sino también tres pistas de tenis.

Además de las cuadras para los caballos.

Era allí donde Richard Howard entrenaba, desde muy niño. Allí le había descubierto el veterano John Bess, prometiéndole que, en un par de años, de someterse a sus enseñanzas y disciplina, haría de él todo un campeón.

La profecía se había cumplido. A lo primero con la aprobación y hasta el entusiasmo de lord Howard Lansbury, que vio en ello una digna afición para su único heredero, que así estaría entretenido en una vida sana y deportiva, no inclinándose a otras cosas propias de la juventud.

Más tarde, el viejo aristócrata se arrepintió. Cierto que su hijo era famoso, conocido en el mundo entero y celebrado; pero él no podía participar en todos sus triunfos nada más que con orgullo de padre. Richard apenas podía estar a su lado porque tenía que viajar constantemente y, precisamente por eso, por no sentirse tan solo, se había casado por segunda vez.

El resultado saltaba a la vista; no había sido feliz con su segunda esposa. Demasiado joven para él y, además, le había durado poco: Telma Brown, duquesa de Howard Lansbury, había muerto cuando pasaba una temporada en el campo.

Menos mal que durante las eliminatorias para la Copa Davis, Richard pasaba más tiempo en la regia mansión, para entrenarse, descansar y conseguir a la siguiente eliminatoria.

Fue precisamente durante uno de esos entrenamientos, cuando uno de los criados se acercó a las pistas de tenis y le pasó un recado al viejo John Bess.

—Está bien —dijo el veterano tenista al criado—. Ya se lo diré cuando termine este set.

—Pero es que ese hombre insiste, señor Bess. Dice que viene desde Escocia.

—¿Y dices que trae a un niño con él?

—Sí, señor Bess: un muchachito de unos doce o catorce años.

—Bien: ya se lo diré a Richard cuando termine el entrenamiento.

—¿Y qué hago con ellos, señor Bess?

—Que esperen —fue la seca respuesta.

Richard Howard siguió entrenando sobre la pista de tenis, interrumpiendo el juego para ponerse a practicar, una y otra vez, el saque. Últimamente ya no le entraba tanto como antes y eso le hacía cometer demasiadas faltas dobles de saque.

¿Es que empezaba ya a declinar?

Aún se sentía joven y fuerte y continuaba siendo el Número Uno en el ranking mundial. El tenista mejor cotizado, el que más torneos ganaba a lo largo del año.

Pero había cambiado, desde luego. Ya no era el mismo.

Cuando terminó el entrenamiento se acercó al borde de la pista y nada más darle la toalla el viejo John Bess le dijo:

—Voy a nadar un poco en la piscina.

—Un momento, Richard: tienes visita.

—Lo tengo dicho, John: no quiero recibir a nadie a estas horas. Y menos si son periodistas.

—Esta vez no es ningún periodista. Creo que se llama Tom MacDonald y viene desde Escocia.

Al oír aquello, Richard Howard dejó de secarse el sudor y repitió, como algo alarmado:

—¿Desde Escocia?

—Eso me dijo Guss. Le dije que les hiciera esperar hasta que terminases de entrenar.

—Pudiste avisarme, John.

—¿En qué quedamos? Acabas de reñirme por…

—No te he reñido, John. Pero es que en este caso es distinto. ¿Dónde están?

—¿Quieres que le diga a Guss que los haga pasar ahí?

—Sí, por favor: no tengo ganas de vestirme sin antes bañarme o ducharme.

De todas formas, se zambulló en la piscina. Estaba en el agua nadando sosegadamente cuando desde lejos vio a Guss cruzar el jardín para caminar hacia allí, seguido de un hombre alto y recio con pinta de rudo campesino, acompañando a un muchachito alto y espigado, de cabellos rebeldes y castaños que seguía sus pasos con aire tímido.

Sintió que el corazón latía más aceleradamente y sus labios musitaron:

—¡Es él…! ¿Mi hijo?

Tom MacDonald resultó ser un hombre franco y directo, que nada más llevarles el criado Guss al borde de la piscina opinó con valentía:

—Si no sale de la piscina no podré presentarle a mi hijo, señor Howard.

Richard Howard no dejó de oír al rudo escocés, pero toda su atención estaba centrada en el muchachito. Le observaba atentamente y se dijo que, para la edad que debía tener, estaba muy desarrollado y era muy alto.

Al fin nadó a brazadas hacia la escalerilla y salió de la piscina. Su cuerpo atlético aún chorreaba agua, cuando saludó caminando hacia los visitantes:

—Buenos días, Tom. ¿Cómo está su esposa?

—Ann me espera impaciente: quiere saber cómo arreglamos esto.

Seguía directo y al grano y eso le hizo decir al tenista:

—Se refiere a lo del empleo de su hijo, ¿verdad?

—Ya hablaremos, señor Howard.

—¿Quiere beber algo? Guss puede…

—No, gracias; prefiero no perder tiempo.

—Pero un refresco para el muchacho…

—Mi hijo se irá a dar un paseo por ahí. ¡Todo esto es muy grande, señor Howard!

—¿Le gusta, Tom?

—Me maravilla; parece un palacio. Y calculo todos los cultivos que se podían realizar en todos estos terrenos.

Richard Howard volvió a mirar al muchacho e indicó al criado:

—Por favor, Guss: llévale a que vea los caballos.

—Sí, señor Howard.

Nada más quedar solos, también buscándole los ojos al rudo escocés

marchó directamente al asunto y preguntó:

—¿Cómo se ha atrevido a venir aquí a molestarme, Tom?

—Ha llegado el momento, señor Howard.

—¿El momento de qué?

Sin amilanarse, el campesino escocés planteó:

—De que cuide usted de su hijo, señor.

—¡Un momento! Nadie puede demostrar que ese muchacho es… es mi hijo.

—Nosotros sí, señor Howard.

Empezaba a irritarse y alzó la voz al retar:

—¿Cómo, Tom?

—Por unas cartas que guarda Ann —soltó como un escopetazo.

Y añadió ante el silencio del famoso tenista:

—Usted se las escribió a la señorita Brown, mientras estaba embarazada en nuestra casa. En ellas le daba ánimos, le hacía mil promesas y hasta llegaba a prometerle que, una vez divorciada de su padre, se casaría con ella.

—No… No lo recuerdo. Han pasado muchos años.

—Con esas cartas, le podemos refrescar la memoria, señor.

—Si esto es un chantaje, dígame cuánto quiere y terminemos, Tom.

En vez de contestar directamente, el visitante pidió:

—Ahora sí que aceptaría un whisky, señor Howard.

—Pero ahora soy yo el que no se lo ofrece. Cuanto antes salgan de esta casa, mejor.

—¿Ni una cerveza, señor Howard?

—Ni un trago de agua, Tom.

—No se le niega el pan y la sal, a quien ha cuidado con amor a su propio hijo, señor.

—¿Con amor? —repitió Richard Howard—. Tiene gracia; y ahora pretende deshacerse de ese pobre muchacho, sirviéndose de él para sacar provecho.

—Se equivoca otra vez, amigo.

—Yo no soy su «amigo» —volvió a rechazar, con prontitud.

—Lo será, cuando sepa que Ann y yo sentimos mucho tener que desprendernos de Alex. Ese chico ha alegrado mucho nuestra vida en la granja y le queremos mucho. ¡Como él a nosotros!

—¡Un momento, Tom! ¿Cómo se atrevieron a ponerle el nombre de mi padre?

—No había ninguna razón para no ponerle ese nombre. Usted le abandonó allí, dejándole a nuestro cargo.

—Lo hice porque…

—Porque no quiso complicarse su placentera y feliz vida —terminó

por su interlocutor—. Lo quiso arreglar todo con el dinero que le dejó a Ann.

—Dígame otra cosa, Tom. ¿Su esposa ya conocía la existencia de esas cartas de las que habla?

—No… Las encontramos después de la muerte de la señorita Brown, entre sus cosas. Por eso aceptó que usted era Albert Taylor.

—Sí; recuerdo que hasta me regaló un viejo paraguas.

—Era el mío —puntualizó el escocés, aunque también recordando—: Y usted le regaló un magnífico reloj de oro… que es el que siempre lleva Alex.

—¡No me diga!

—Podrá verlo en su muñeca. Sólo se lo quita cuando me ayuda en las faenas del campo, y cuando duerme.

Aquellos viejos recuerdos le hicieron suavizar su actitud a Richard Howard, que interiormente una vez más en todos aquellos años se acusó. Nunca se había podido librar de la molesta idea de que Telma Brown había muerto por él.

Por la demora en pedirle a Ann MacDonald en que avisara a su marido Tom para que fuese a buscar al médico.

Caminó hacia la mesita que había al borde de la piscina, tocó agitándola una campanita de plata y, cuando el criado acudió presurosa, le pidió:

—Traiga un whisky y una naranjada, Guss.

—Ahora mismo, señor.

—Que sea escocés auténtico —apuntó Tom MacDonald.

Y también se sentó ante la mesita de cristal, poniéndose a retacar su vieja pipa.

Richard Howard no dejaba de observar a aquel hombre y se encontró nuevamente abordando el problema.

—Dígame en concreto lo que quiere, Tom.

—Simplemente, que el nieto de todo un lord, viva dignamente, señor Howard. ¡Alex se lo merece!

—Pero yo nunca voy a reconocer a ese muchachito.

—Eso será cosa suya… según vaya pasando el tiempo.

—¡No diga locuras! Piense en mi posición, en la de mi padre. Estoy casado y tengo un hijo. ¡Legítimo!

—¿Insiste en que Alex no es también legítimo?

—Pongamos por un momento, sólo por un momento, que ante usted lo admita. Pero yo no puedo, «oficialmente», afrontar una cosa así y…

—Ya es un buen principio —comentó Tom, interrumpiéndole.

—Pero yo no he dicho que lo vaya a admitir, Tom.

—Escuche, señor Howard: si quiere usted al fin vivir tranquilo,

apaciguar su conciencia de una vez, quédese con el muchacho y cuídese de Alex. Es un chico agradecido y bueno, alegre y sano, listo como el hambre porque en el colegio…

—¿Es que le han mandado a algún colegio? —se interesó su interlocutor:

—¡Naturalmente! —pareció ofenderse el campesino—. Al de Merrick. Desde muy niño se ha dado unas caminatas terribles; pero cuando regresaba a la granja siempre lo hacía alegre y contento, feliz de mostrarnos sus progresos.

—Siga, Tom —se encontró animándole Richard Howard.

—Nunca nos ha traído malas notas… ¡Y eso que le hago trabajar en el campo como una mula!

—¿Qué tal se ha llevado con Ann?

—¡De maravilla! Alex cree que somos sus padres.

—¿Y su esposa también está de acuerdo que el niño se quede aquí?

—Ha llorado mucho, hasta que he logrado convencerla. Es lo mejor para el chico, o terminará siendo un simple campesino como yo. ¿No lo comprende, señor Howard?

—Debo pedirle perdón, Tom. Creí que usted y Ann querían sacar provecho de todo esto.

—Es natural que lo pensara, señor. Pero de haberlo pensado, ¿no cree que lo habría intentado hace años?

—Bueno… Usted mismo me escribió dos cartas en las que…

—Porque veíamos que pasaba el tiempo y usted ni se acercaba una sola vez por allí. Continuaba desajenándose de todo.

—También debe comprenderme, Tom.

—Sí, claro; todo eso de su encumbrada posición, su aristocrática familia, su fama como tenista, su esposa Ingrid Hans-Holleinstaing y el posible escándalo, ¿no?

Richard Howard no contestó, con la excusa de que Guss se acercaba con las bebidas en la bandeja. Pero aprovechó la proximidad del criado para decidir:

—Por favor, Guss: dile a la señora que hoy no comeré en casa.

—Como guste, señor.

—He tenido la visita de un amigo y tengo que tratar de «negocios» con él.

—Por mí no se moleste, señor Howard —intervino Tom.

—No se hable más, amigo. Comeremos en cualquier sitio en Londres. ¡Tenemos que hablar de muchas cosas!

Retacando otra vez su vieja pipa, el visitante terminó aceptando.

—Siendo así, encantado, señor Howard.

—Pero será mejor que su hijo se quede aquí.

Mirándole directamente a los ojos, el escocés le comprendió y también admitió:

—Me parece prudente, señor.

—Los chicos de su edad se aburren, cuando los mayores se ponen a charlar de «negocios».

—¿Y qué hacemos con él, señor Howard? —se interesó el criado.

—Pues… No sé, Guss… Tú mismo le puedes enseñar todo esto.

—Ahora está en las cuadras. ¡Le gustan mucho los caballos, señor!

—¡Estupendo! Que monte el que quiera, Guss.

—Lo hará, señor. ¿Puede comer con nosotros?

Levantándose, Tom MacDonald volvió a aprobar por tercera vez, no sin comentar:

—Magnífico Guss… Desde ahora, mi hijo Alex se quedará aquí como un criado más… para empezar.

La mirada del extrañado Guss buscó las pupilas del sonriente Richard Howard, que aceptó también levantándose tras apurar su naranjada:

—Así será, Guss… Tú te cuidarás de todo.

—Lo que usted mande, señor Howard.

—Espéreme un momento, Tom. Voy a vestirme.

Y ya se alejaba por el jardín cuando, medio volviéndose ordenó:

—Que me preparen el coche, Guss.

—¿Cuál, señor Howard? —tuvo que gritar el criado. —Que lo elija Tom mismo: llévale al garaje.

Siguió caminando hacia la regia mansión, sin poder oír que el asombrado Tom MacDonald preguntaba al criado: —¿Pero tantos coches tienen aquí?

—Seis, señor.

El escocés sonrió: estaba seguro que el pequeño Alex no lo pasaría nada mal allí. Aunque de momento fuese como criado.

Capítulo VIII

AL joven Alex MacDonald le encantaba vivir en aquella gran casa que parecía un palacio. Allí no sólo encontró muchas cosas que jamás había visto, sino que podía corretear por el inmenso jardín, por el campo de golf, a las pistas de tenis y hasta, cuando se lo permitía el mayordomo, zambullirse en la piscina.

También le gustaba mucho acudir a las cuadras, para ver a los soberbios caballos.

Se pirraba por aquellos nobles y hermosos animales.

Y ello hasta tal punto, que el encargado de las cuadras un día le preguntó:

—Podrías llegar a ser un buen jockey, Alex.

—Me gustaría, señor Martin. ¡Pero más ser tenista, como el señor Howard!

—¡Uf! Para eso necesitarías entrenar mucho, muchacho. Y además no creas que se llega a ser todo un campeón como él, así como así.

—Gana mucho dinero, ¿verdad, señor Martin?

—Los de su categoría, muchos millones al año. Pero al señor Howard no le hace falta el dinero. Juega por deporte.

—Lo sé, señor Martin. Debe ser estupendo tener un padre como él.

—Pues ahí tienes al señorito Anthony. ¡Siempre dándonos broncas a todos y malhumorado!

—A mí no me traga Tony. ¡Me tiene «bola»!

—No le llames así, muchacho. Sabes que sólo se lo consiente a los suyos.

—¡Qué porras, señor Martin! Tony tiene un año menos que yo… No le voy a llamar «milord».

—Pues eso sí que le gusta al crío. Es soberbio y altivo como su abuelo.

—Dígamelo a mí, señor Martin. Me trata a patadas, peor que a sus perros.

—Debes soportarle, Alex. Aquí se come bien, nos compran la ropa, tienes una habitación para ti solo. ¿Cuánto te pagan a ti, muchacho?

—No lo sé, señor Martin. Le dije al señor Howard que se lo mandase a mis padres.

—Tienen una granja en Escocia, ¿no?

—Sí. Aquello también es muy bonito, aunque llueve mucho más que aquí.

La voz del entrenador John Bess les sorprendió al acercarse comentando:

—Hablando de lluvia, Alex… Corre a poner las lonas sobre las pistas de tenis. Está nublado y puede caer un chaparrón.

—Ahora mismo, señor Bess.

Cuando Gerald Martin quedó ante el veterano tenista, tras servir el pienso a uno de los caballos abordó:

—De ese chico también podría hacer usted un buen tenista, señor Bess. A Alex le gusta mucho ese deporte.

—Nada de eso, George. Bastante tengo con el hijo de Richard. Su padre se ha empeñado que siga sus pasos, pero Tony no tiene madera. Es perezoso hasta el punto de que, cuando le entreno, a los diez minutos se cansa.

—Tengo una idea, señor Bess. ¿Por qué no dedican a Alex a cuidar las pistas de tenis? Eso le encantaría al chico y podría servirles de recoge-pelotas.

—¿No te ayuda a ti, George?

—Sí; pero viene aquí a las seis de la mañana, para cepillar y cuidar de los caballos. Se lleva muy bien con ellos, pero más le gusta el tenis.

—Siendo así, podría cuidarse de las dos cosas.

—Estoy seguro que el muchacho se lo agradecería mucho, señor Bess; si usted le entrena un poco, podría ser una oportunidad para él.

—No creas que se sacan campeones, como conejos del sombrero de un mago, George.

—Pero la afición hace mucho, ¿no?

—Es lo primordial. Siempre he dicho que cuando una cosa se hace por placer, se progresa mucho. Es lo que le pasó a Richard.

—¿Usted siempre le llama así, por su nombre?

—Naturalmente, George. Llevamos muchos años juntos y, más que su entrenador, somos amigos.

—Pero usted ya no va con el señor Howard a todos los torneos que juega.

—Me voy haciendo viejo, George. Pero sigo cuidándome de todas sus cosas en ese sentido.

—¿Quiere que le ensille un caballo?

—Gracias, George; pero hoy no voy a montar. He quedado con el viejo para jugar al golf.

—Ese sí que está viejo —opinó el encargado de las cuadras—. Antes, de vez en cuando venía por aquí; pero hace años que ni se acerca.

—A su edad ya no se monta, hombre. Una caída del caballo podría resultar fatal.

—¿Se acordará de lo que le he dicho sobre Alex, señor Bess?

—Hablaré con Richard. Es él quien manda aquí.

Unos pasos les hicieron volver las cabezas, al oír que a la par una voz infantil indagaba, altiva y molesta:

—¿Qué hace usted aquí, Bess? Mi abuelo le está esperando para jugar al golf.

—Dile que ahora mismo voy, Tony.

—Le he dicho mil veces que ni me tutee ni me llame «Tony». Sólo mis padres y el abuelo pueden llamarme así.

—¿Y los amigos no, Tony?

—Usted no es mi «amigo», Bess. Sólo es un empleado más de la casa. ¡Mi padre la paga para eso!

—Tu padre sí es mi amigo.

—Allá él si le permite esas familiaridades. Para usted yo soy Anthony, o milord Howard Lansbury, si lo prefiere.

Luego pareció ignorar por completo al maduro entrenador y exigió:

—Prepárame a «Chispas», George. ¡Tengo prisa!

—Perdone, señorito Anthony: pero ya le he dicho otras veces que ese caballo es muy brioso para usted.

—Eso no te importa. ¡Quiero a «Chispas»!

—Es que su madre, milady también dice que…

—Mi madre que se meta en sus cosas. ¡El caballo! No voy a esperar más aquí, como un criado.

—Como diga, señorito Anthony.

El muchacho no dejaba de golpear la caña de su lustrosa bota con la fusta y volvió a apremiar al maduro entrenador de tenis:

—Le he dicho que mi abuelo le espera, Bess. ¡No pierda más tiempo!

—Sí, «milord»… Perdone.

John Bess se alejó sonriente y burlón, musitando entre dientes:

—Es un malcriado. Tendré que hablar con Richard.

* * *

Tal como habían pronosticado la mayoría de los cronistas deportivos, la cuarta Copa Davis aquel año también se quedó en Inglaterra.

Fue la gran apoteosis de Richard Howard. Por supuesto que casi ganó de calle sus dos partidos correspondientes, tanto con el número dos de Australia, como con el número uno. Pero como a su vez el equipo de Inglaterra perdió los otros dos, el resultado es que quedaron en un interesante empate en la final.

Así que el trofeo debió dirimirse en el partido de dobles.

Lew Archibald y el corpulento Sandy Bassey saltaron a la pista formando el equipo australiano. Percy Wright y Richard Howard lo hicieron por los ingleses.

En un acontecimiento así, los graderíos de Wimbledon estaban a rebosar. Todas las cadenas de la televisión del mundo se disponían a retransmitir la final de la Copa Davis. Muchos millones de personas podrían presenciar las evoluciones de los cuatro famosos tenistas en un partido decisivo.

El joven Alex MacDonald también estaba allí: y en primera línea junto al bueno de George Martin y algunos criados más de la mansión Howard Lansbury, a quien el protagonista principal de aquel encuentro les había facilitado entradas.

En el palco que ocupaban los reyes y no poca de la aristocracia británica, naturalmente estaba el viejo lord Howard Lansbury, acompañando a su nuera Ingrid y a su nieto Tony. El resto del público había dejado una recaudación récord en las taquillas, porque aquel partido de tenis se había convertido en un empeño a escala nacional.

Todos debían arrimar el hombro con sus aplausos.

Al equipo inglés no le iban a faltar.

Sobre todo a Richard Howard, el protagonista principal que acaparaba la atención de la mayoría y en él que todos confiaban para salir airosos de aquel compromiso. Y eso que el día anterior, cuando el inglés Percy Wright perdió el partido frente al australiano Lew Archibald y se dio el empate a dos, los cronistas deportivos más imparciales y más sensatos, habían apuntado veladamente que Richard Howard ya era un tenista maduro y no siempre tenía que ganar.

Inmediatamente se alzaron voces airadas contra tales opiniones «derrotistas», recordándoles a todos que Richard Howard aún continuaba siendo el «Rey de la pista». La «Raqueta de Oro», título merecidamente ganado a lo largo y lo ancho del tenis mundial.

¡Inglaterra triunfaría una vez más!

Así lo hizo, para entusiasmo de la mayoría de los presentes, pero no sin que los dos equipos volvieran a empatar a dos sets, resolviéndose en el quinto la victoria inglesa.

Y ello porque Richard Howard se mostró como en sus mejores tiempos, tanto con su fulminante saque como en las boleas, acudiendo a la red como un rayo y sorprendiendo a sus rivales con golpes de raqueta magistrales.

El delirio se desató en Wimbledon; cuando aquel hombre rematò su fenomenal actuación con una dejada que dejó clavados a los dos australianos. La bola botó mansamente al otro lado de la red, como si una mano invisible y misteriosa la posara allí con sumo cuidado.

Richard Howard lanzó muy alta su raqueta y con ambos brazos en alto terminó cayendo de rodillas mientras se puso a cantar su triunfo.

Nadie fue capaz de oír lo que decía porque, simultáneamente, miles de gargantas también se pusieron a gritar enardecidas. El clamor se alzó al cielo de la tarde que quedaría en los anales deportivos como una fecha imborrable.

Más tarde la prensa informaría que uno de los espectadores había muerto de un ataque al corazón.

A miles de millas de distancia de Londres, en Australia, concretamente en un bar de Sidney, otro hombre moría. Pero éste de un pistoletazo que él mismo se dio: había apostado todo lo que tenía en aquel partido y había perdido.

No fue capaz de soportarlo.

En la mansión de los Howard Lansbury aquella misma noche se celebró una gran fiesta. Asistió hasta el rey consorte y todo fueron felicitaciones, alegría y buen humor. Uno de los más felices fue el joven Anthony Howard, si Dios no lo remediaba futuro lord: aunque antes tenía que morirse su abuelo y su padre.

También presumió lo suyo la elegante duquesa Howard Lansbury, de soltera princesa alemana Ingrid Hans-Holleinstaing, que no dejó de sonreír e interiormente celebrar que era una de las mujeres más afortunadas y envidiadas del mundo. Su marido era un auténtico campeón.

¡El mejor tenista del mundo!

El tiempo diría que de toda la historia.

* * *

Cansado también de ser felicitado, de estrechar manos y no dejar de recibir parabienes, el maduro entrenador John Bess salió a la terraza a respirar aire fresco. El no fumaba, tampoco bebía y nunca le había hecho mucha gracia el baile.

Desde allí miró al jardín y le llamó la atención que más al fondo, una de las pistas de tenis estuviese iluminada a tales horas de la noche.

Caminó hasta allí despacio, más que nada para dar un tranquilo paseo. Al acercarse le sorprendió ver allí al joven

Alex MacDonald jugando al tenis con el bueno de George Martin, el encargado de las cuadras.

Sonriente aplaudió uno de los tantos conseguido por el joven y, al verle allí, ambos contendientes le descubrieron. No sabían si John Bess les iba a reñir y, para quitar «hierro» a la cosa, George Martin se puso a comentar:

—Se lo dije, señor Bess. El chico tiene mucha afición y es otro

fenómeno… ¡No me deja dar una!

—Sí, lo he visto, George… ¡No está mal ese juego de muñeca, jovencito!

—Gracias, señor Bess —sonrió el muchacho—. ¿Le ha gustado?

—Ha sido de maestro, Alex.

—No sabe cómo se lo agradezco, señor Bess… Pero es que resulta que el señor Martin no es contrincante.

—¿Crees que podrías hacer lo mismo conmigo?

—Lo intentaría, señor Bess.

John Bess empezó a librarse de la chaqueta del smoking y entrando divertido en la pista retó:

—¡Pues vamos a verlo, Alex!

Al cruzarse con el jadeante George Martin, le pidió la raqueta y la divertida prueba empezó. Cierto que él ya tenía muchos años para saltar a una pista de competición; pero conservaba todo su vigor y energía y, sobre todo, la excelente maestría de su escuela con la raqueta.

Y sin embargo…

No tardó en darse cuenta que Alex MacDonald tenía madera. El muchacho se deslizaba por la pista con la ligereza de una pluma, desplazándose para devolver todas la pelotas que le lanzaba. Sólo fallaba un poco en el saque, pero sus pelotazos eran trallazos, teniendo en cuenta su poca edad.

—¡Diablos, Alex! ¿Quién te ha enseñado? —le gritó antes de sacar él desde el fondo de la pista.

—Nadie, señor Bess; pero le he visto a usted muchas veces entrenando al señor Howard.

—Mañana mismo hablaré con él… ¡Tú también serás jugador de tenis!

—¡Yuuupiii! —gritó George Martin desde el borde de la pista.

Y continuó viéndoles jugar.

Daba la sensación de que Alex MacDonald lo llevaba en la sangre.

Capítulo IX

LA bofetada sonó rotunda, seca, ofensiva.

Alex MacDonald se tocó la mejilla dolorida y con los ojos muy brillantes estuvo a punto de saltar sobre su agresor. Consiguió contenerse y escuchó que el irritado Anthony le gritaba:

—¿Por qué tuviste que ganarle a mi padre el otro día?

—Sólo estábamos entrenando, Tony.

—Pero le ganaste el set… ¡Y no me llames así!

—Como quieras Anthony.

—¡Te lo ordeno! ¿O quieres que mi padre te despida?

—Él no se enfadó. ¡Hasta me felicitó!

—Porque mi padre es demasiado bueno contigo. ¡Pero a mí no me gusta que trabajes aquí!

—¿Por qué te molesta?

—¡No te importa! Ves a la cuadra a quitar estiércol.

—El señor Bess me ha dicho que me cuide de las pistas de tenis.

—¿Y quién es ese viejo, para disponer nada? ¡Te lo mando yo!

—Ya voy a la cuadras cuando me levanto, a las seis de la mañana.

—¿Vas a ir, o te pego otra vez, descarado?

—No lo hagas, Anthony.

Lo hizo, con más saña: aquella vez con la fusta.

Y el otro muchacho ya no lo dudó más. Era un año mayor, mucho más alto y desarrollado y, a sus quince años, los entrenamientos sobre la pista de tenis le habían convertido en un joven musculoso y ágil.

El resultado fue que Anthony Howard recibió una paliza fenomenal: la mayor que había recibido en su vida.

Terminó corriendo y llorando, pero sin dejar de amenazar prometiendo que se lo diría a sus padres.

—¡Y a mi abuelo! —gritó ya desde lejos de aquellos puños contundentes.

* * *

En aquella ocasión, la discusión con Ingrid resultó agria. La esposa no sólo hacía causa común con su hijo, sino también con el viejo dueño de

la mansión. Cuando se discutió el incidente, lord Howard Lansbury había gruñido:

—Y además… ¡No me gusta que ese golfillo lleve mi nombre!

—Alex no es ningún golfillo, padre.

—Le mimas demasiado —había intervenido la mujer—. Al fin y al cabo, sólo es un criado más.

—Yo no le considero un criado más —había argumentado Richard Howard.

—¿Ah, no? —exclamó más irritada Ingrid.

—He querido decir que John ya va para viejo y no puedo entrenarme bien con él, mientras que con ese muchacho…

—¡Pero si sólo es un niño! —puntualizó el anciano lord—. No nos digas que ese pillastre te sirve para entrenar.

—Pues lo creas o no, ya me pone en aprietos, padre. ¡Y hasta a veces me gana! Sólo le falta afinar un poco más con el saque y…

—Está bien, Richard. Allá tú si le despides o no… ¡Pero no consiento que pegue a mi nieto!

—Tu nieto se lo ganó. He hablado con Alex y me lo contó todo.

—¿Y vas hacer más caso a ese rebelde campesino escocés que a tu propio hijo? —volvió a reprocharle la mujer.

Richard Howard consideró que lo más prudente era retirarse y olvidar aquello. No podía defender al joven Alex tal como a él le habría gustado hacer. ¿Cómo decirle al viejo aristócrata que Alex también era su nieto? ¿Cómo contarle a la esposa toda la verdad?

Llevaba muchos años con aquel secreto en el alma y ni tan siquiera con él mismo se había sincerado del todo, completamente. Cuando a sus recuerdos acudía la acuciante pregunta de si él era realmente el responsable de la muerte de Telma Brown, nunca había tenido el valor de contestarse.

La tarde que se acercó a la granja con el coche alquilado y lo dejó escondido bajo un grupo de árboles, con la excusa de que llovía, ¿realmente había pasado por su mente la idea de asesinar a aquella mujer?

¿Por qué se había acercado a la casa tan furtivamente, tan silencioso?

Y luego: ¿qué le hizo retardar la llegada del médico de Merrick?

Le mintió a Telma, cuando le dijo que debía esperar a dar a luz a su hijo. Le mintió a Ann, cuando salió de la habitación y le gritó a la campesina que el agua que calentaba debía hervir mucho más. Siguió mintiendo cuando afirmó que el niño que había nacido era el hijo de un amigo suyo, que le había rogado fuese a visitar a su novia escondida allí, como apartada del mundo en aquella granja. Y remachó todos sus embustes asegurando a la dueña de aquella casa que él se llamaba

Albert Taylor.

Sólo se mostró «generoso» dejando allí todo el dinero que llevaba encima y regalándole a Ann el reloj de oro que llevaba, para que se lo diera a su marido Tom MacDonald.

Todos aquellos años con aquellas dudas y peso de conciencia sobre él. Sin poderse confiar con nadie. Siempre temiendo que todo se descubriera.

Y ahora le pedían que echase al joven Alex de aquella casa.

Que le devolviese con sus padres.

—¡Qué puñetas! —se gritó a él mismo, ya en sus habitaciones—. ¡El verdadero padre de Alex soy yo! ¡YOOOooo…!

Y además —tenía que confesárselo— quería seguir teniéndole cerca de él, viéndole, tratándole, riéndose con las simpáticas ocurrencias de aquel muchacho alegre y feliz que también daba muestras de apreciarle y respetarle.

El mismo John Bess le había dicho una mañana, mientras estaban entrenándose:

—Ese chico me recuerda mucho a ti, Richard. Maneja la raqueta como tú y suelta los mismos golpes.

—Alex mismo lo ha dicho, John: es que me ha visto muchas veces entrenar.

—Y además, no se pierde un solo partido tuyo, cuando lo retransmiten por la televisión.

—Me lo dijo: yo mismo le he regalado unos vídeos.

—Tiene gracia, Richard —exclamó et viejo amigo.

—¿Por qué, John?

—Porque yo también le he regalado otros.

Alex MacDonald se había quedado al fondo haciéndose cargo de las raquetas y el resto del equipo, cuando el veterano tenista pidió:

—Mírale, Richard… Yo diría que hasta en lo físico se parece a ti.

—¡Bah, hombre! No digas tonterías. ¡Exageras, John!

—Sí, sí… Pues tiene tu misma frente, los ojos, la posición de las orejas… Según va haciéndose hombre, se te parece más.

—¡Tonterías! Y te prohíbo que vuelvas a decir eso.

—¿Pero por qué, Richard?

—No sé, John… ¡No me gusta oírtelo!

—Haber si ahora vas a sacar la altivez y orgullo de tu padre y tu hijo, amigo.

—No es por eso, hombre… ¡Me voy a la ducha! Le hacía falta: necesitaba despejar la cabeza.

* * *

Una vez más, Richard Howard encontró un aplazamiento para sus indecisiones: escribiría a Tom MacDonald y le haría un trato.

Cuando unos días más tarde volvió a tener al rudo campesino ante él, sin muchos rodeos le planteó:

—Voy a hacerte una propuesta, Tom.

—Usted dirá, señor Howard.

—Te dije que me llames Richard —le recordó.

—Perdone, Richard: es que no me acostumbro.

—Verás: te llevas a Alex… y nosotros os perdonamos las rentas anuales que nos tenéis que pagar por la granja.

—¿Y qué dirá el señor administrador de Merrick?

—Yo le escribiré y todo quedará zanjado.

—¿Quiere decir que la granja será nuestra?

—Así será, Tom.

—¿Y eso por qué, señor Howard? —preguntó algo receloso y volviendo a utilizar el tratamiento.

—En primer lugar, para que podáis pagarle los estudios a Alex en la Universidad de Edimburgo. Y en segundo lugar, porque tú y Ann ya habéis pagado durante muchos años a mi padre.

—¿Y qué dirá lord Howard Lansbury?

—Ni se enterará; a mi padre no le preocupa nada de eso. Son cosas de nuestros administradores y abogados y, en último término mías.

Tras breve silencio el campesino escocés indagó:

—¿Qué pasa, señor Howard? ¿Ya se cansó del muchacho?

—Nada de eso, Tom. Le he tomado mucho aprecio; pero hay problemas con mi familia por él.

Y empezó a explicarle la creciente enemistad entre su hijo Anthony y Alex. Él había intentado, por todos los medios posibles, que los dos muchachos se llevaran bien y terminó confesando;

—Pero es algo que no he podido evitar, Tom. No sé por qué, pero ambos son antagónicos. Llegarían a odiarse.

—Conozco el problema, señor Howard. Alex nos lo cuenta todo en sus cartas. Ann y yo pensamos que su hijo Anthony es caprichoso y muy soberbio. Perdone usted, pero debieron darle alguna tunda de pequeño.

—Es posible, Tom; pero ya es tarde para eso.

Tom MacDonald se puso a retacar su pipa y al poco de lanzarla primera bocanada de humo aceptó tras reflexionar:

—Señor Howard… ¡Acepto su trato! Me llevaré a Alex: será una gran alegría para Ann. Se me está haciendo vieja y el cariño del muchacho le sentará bien.

Hizo una nueva pausa y preguntó:

—¿Qué desea que estudie, señor Howard?

—Lo que os parezca, Tom.

—Yo no soy su padre, amigo, sino usted —le recordó.

—Pues que lo elija él. Ya va siendo mayorcito.

—Algún día conocerá toda la verdad.

Richard Howard nada dijo y, ante su reflexivo silencio, el campesino escocés se puso a admirar para no ponerse tan serios:

—Me gusta los lugares que frecuenta, señor Howard. ¡Aquí sí que hay lujo y buen gusto!

—Dicen que es el mejor restaurante de Londres.

—Comer aquí debe costar una millonada, caray.

—Te he dicho que me llames Richard, por favor.

—¡Oh, no! Usted es un aristócrata, señor Howard.

—Soy un hombre normal, Tom: como todos. Posiblemente, un hombre que ha vivido equivocado…

—Pero su nombre, su fortuna…

—El dinero no lo es todo, mi querido amigo.

—Pues por Escocia decimos que no hay montaña tan alta que no la suba un asno cargado de oro.

Richard Howard sonrió con ganas y a su vez recordó:

—Quienes opinan que el dinero todo lo puede, sin duda están dispuestos a todo por el dinero, Tom.

—No lo dirá por mí, ¿verdad? Si acepto su trato es porque usted mismo me ha dicho que será lo mejor.

—No he querido ofenderte, hombre. Sólo fue un comentario contestando a tu refrán.

—Lo sé, señor Howard.

—Otra cosa voy a pedirte, Tom.

—Usted dirá.

—Ruégale a Alex que no abandone el tenis. Tiene madera de campeón y eso podría ser una buena solución para su vida. Si sale tan bueno como apunta, podría ganar muchos millones en su vida.

Guardó silencio y el famoso tenista musitó:

—Sentiré separarme de él.

Tom MacDonald hundió una de sus manos en el bolsillo interior de su chaqueta de pana y allí buscó algo. Al fin arrojó unas cuantas cartas atadas con una cintita de seda y manifestó:

—Tenga, Richard: ni Ann ni yo nunca pensamos utilizarlas.

El aristócrata comprobó su letra: eran las pocas cartas que tan imprudentemente muchos años atrás le había escrito a Telma Brown. Entonces lo había hecho para no impacientarla; para evitar a la mujer que, aún siendo la esposa de lord Alex Howard Lansbury, iba a tener en aquella apartada granja un hijo que era de él.

El escándalo habría sido mayúsculo, por supuesto.

Sólo para evitar una cosa así había escrito aquellas cartas.

Pero ahora, Tom MacDonald se las devolvía y le dijo:

—Gracias, Tom. ¡Eres todo un hombre!

—Y usted, Richard. He oído decir que el arrepentimiento precede a la virtud como el día a la aurora. Y además, el que reconoce una deuda, ha pagado ya la mitad de lo que debe.

—Gracias, Tom: pero no le puedo devolver la vida a Telme Brown.

—Desde luego; pero sí puede velar por su hijo.

Vio triste a su interlocutor y con su peculiar forma de hablar el campesino se puso a recordar:

—¿No sabe lo que dice la Biblia? «Siete veces peca el justo y vuelve a levantarse; los que son realmente malos, por el contrario: se precipitan en la maldad.»

—¡Eres formidable, Tom!

—No, señor Howard: sólo soy un hombre sencillo, pero que ya tiene muchos años. ¡Y la vida enseña mucho, amigo!

Siguieron hablando durante mucho rato. Tenían que preparar la vuelta de Alex a la granja de Escocia, para que posteriormente cursara sus estudios en la Universidad de Edimburgo.

Le dirían que, al fin y al cabo, era natural que un día u otro volviese con sus «legítimos padres…»

Capítulo X

Y el tiempo siguió pasando: nunca se detiene.

Es inexorable.

Incluso para las estrellas.

La del famoso tenista Richard Howard fue poco a poco declinando, hasta que un día, precisamente en el torneo de Montecarlo, anunció su retirada.

La derrota que sufrió en su último partido de competición fue aplastante: en tres sets con un triple 6 a 0 en el marcador.

Y, sin embargo, terminó sonriente y feliz, corriendo hacia la red para allí extender su mano al joven rival y felicitarle.

Se llamaba Alex MacDonald y era escocés.

—¡Has estado magnífico, Alex! —le dijo.

—Gracias, señor Howard… Lo siento, pero…

—No tienes por qué sentirlo, muchacho. ¡Ha llegado al fin tu turno!

Más tarde, cuando terminó la ceremonia de la entrega de los trofeos y los acosos de fotógrafos y periodistas, ya en los vestuarios el joven estudiante se acercó al tenista maduro y nuevamente pretendió excusarse:

—No me crea un ingrato, señor Howard.

—¿Por qué iba a creerlo, Alex? ¿Qué te preocupa?

—Bueno… yo… En el segundo set, viendo cómo iba el partido, pensé aflojar un poco y permitir que se lo anotase usted.

—Eso habría sido indigno de un buen deportista, Alex —le censuró.

—Precisamente por eso no aflojé, señor Howard. Pensé que a usted no le gustaría.

—Me habrías humillado más, muchacho. Y además, el público se habría dado cuenta.

—Por eso seguí… Apretando incluso más el ritmo.

—Hiciste bien, Alex. Has ganado legítimamente, en noble y buena lid.

—Usted sí que es un buen deportista, señor Howard.

—Déjate ya de tanta ceremonia, chico. Todos los tenistas me llaman Richard. Y tú ya eres uno más.

—¡Uf! Aún me falta mucho.

—No lo creas. Posiblemente, sólo endurecer un poco más tu saque.

—Esa es la pega, Richard. ¡Y cuidado que entreno! Me tiro horas y horas en la pista de la Universidad.

—Hablando de eso. ¿Te va tan bien en los estudios?

El joven medio sonrió al confesar:

—Así, así… Elegí arquitectura y eso es muy duro.

—¡Animo, hombre! Debes terminar la carrera.

—Lo haré, porque se lo he prometido a mis padres.

—Por cierto: ¿cómo están Tom y Ann?

—Muy bien: a ellos no hay quien les saque de su granja.

—¿Siguen solos allí?

—No: mi hermano mayor, Ross, vive con ellos: se casó y como también siempre le ha gustado el campo… ¡Pronto me harán tío allí!

—Querrás decir tu hermanastro —puntualizó Richard Howard—, Tú naciste del segundo marido de tu madre.

—Lo sé, pero yo siempre llamo hermanos a Ross y a Dany.

El joven hizo una pausa y al fin se interesó:

—¿Y cómo va su hijo Anthony?

—¡Bah! No hay quien haga carrera de él… Supongo que siempre le hemos mimado mucho su madre y yo…

—Sobre todo lord Howard Lansbury —evocó el muchacho.

—Tienes razón, Alex… Ha sido mi padre el que ha estropeado a mi hijo… Eso, unido a que yo he tenido que viajar mucho con eso de los torneos y demás. Me he pasado más de la mitad de mi vida fuera de casa.

—Déle recuerdos a Tony de mi parte.

—¡Un momento! ¿Es que ya te vas, Alex?

—Lo siento, Richard; pero es que tengo una cita.

—¿Con quién, muchacho?

El joven quedó algo turbado y el hombre maduro siguió indagando:

—¿Mujeres…?

—Sí.

—¡Vaya! ¿No eres aún muy joven para eso?

—¡Ya tengo diecinueve años! —recordó con orgullo masculino.

—De todas formas, deberías ir al hotel y descansar.

—No estoy cansado, Richard.

—Debes estarlo, después del fenomenal partido que has jugado. Al menos a mí, me hiciste correr como un gamo de una parte a otra de la pista.

—¡Pero si sólo duró tres seis!

—Tuviste esa suerte, jovencito.

—Verá usted… Sólo es trata de unas jovencitas que me quieren pedir

un autógrafo. ¡Eso es todo!

—Sí, claro; pero luego las llevarás a cenar, a bailar… ¡Y sabe Dios adónde después!

—¿Por qué no viene con nosotros?

—¿Quién? ¿Yo? —preguntó entre asombro y sonriente.

—Anímese, Richard. ¡Será divertido!

—Yo ya soy un «carroza», hombre.

—¡Bobadas! Sigue siendo el «Rey de la pista»… El «Raqueta de Oro» más fenomenal del mundo.

—Nada de eso, chico. Hoy me corté la coleta. Mejor dicho… ¡Me la cortaste tú!

—¿No me habrá dejado ganar fácilmente? —receló a su vez el joven.

—Te doy mi palabra, Alex. ¡Jamás hice eso en una pista!

—Sólo fue una broma, Richard. Ya vi que se esforzó al máximo.

—Inútilmente —recordó Richard Howard, fingiendo que se ponía serio—. La paliza fue fenomenal, chico.

Y mientras salían de los vestuarios añadió:

—¡Qué remedio! Hay que dejar paso a la juventud.

—¿Se anima usted y viene con nosotros?

—¿No te molesta si lo hago?

—¡En absoluto!

—Pues como tú digas, hijo…

Era la primera vez que le llamaba así y, al darse cuenta, entonces sí que Richard Howard se quedó serio. Hasta perdió un paso y pudo ver las anchas espaldas de aquel alto mocetón y su caminar elástico y firme de buen deportista.

Era pura gloria volver a sentirse junto a Alex; como dos buenos amigos.

Hasta se iban a divertir juntos aquella noche.

Porque el joven medio se volvió al verle algo retrasado y le animó jovial:

—Vamos, Richard: las chicas están esperándonos en su coche ahí fuera.

Eran dos auténticas preciosidades; jóvenes, elegantes, bonitas, alegres y modernas. Una de ellas, la pelirroja de ojos verdes, al instante le reconoció y exclamó muy entusiasmada:

—Eres un encanto, Alex. No has podido elegir mejor pareja para mí. ¡Nada menos que un lord! ¡El campeonísimo Richard Howard!

—¡Alto, alto! —se puso a objetar el joven muchacho—. ¡Que tú eres mi pareja, Liliam!

—Desde ahora no, Alex. ¡Le prefiero a él!

La otra muchacha, mientras conducía el coche se puso a bromear

también:

—A mí también me gustan los hombres maduros. ¡Como las chirimoyas!

—Formalidad, jovencitas —pidió el divertido aludido—. Que sólo se trata de cenar los cuatro juntos y luego… ¡Cada uno a su camita!

—¡Oh! No seas aguafiestas —se quejó sonriente la pelirroja.

—Todo lo más, a bailar un poco.

—¿Y luego…?

—Lo dicho: hoy me sentiré como un padre que cuida de tres alocados jovencitos.

—Pues pagarás la cena, Richard.

—Lo haré encantado, Alex.

—¿Hacia dónde vamos? —ofreció la que conducía.

—Tú tira y ya veremos —dijo la otra.

Sí: para Richard Howard aquella iba a ser una noche feliz.

Muy feliz.

Capítulo XI

COMO si realmente lo llevase en la sangre, la estrella fulgurante del joven Alex MacDonald en el mundo del tenis profesional empezó a brillar y a ascender hasta los primeros puestos del ranking mundial.

La consecuencia fue que ya se contaba con él en los torneos y competiciones más importantes.

Y hasta fue seleccionado para que formase parte del equipo inglés que debía tomar parte en la Copa Davis de aquel año.

No eran pocos los que aspiraban a que la prestigiosa «Ensaladera» volviese a las vitrinas de Inglaterra.

Si las pasadas glorias de los Richard Howard, los Percy Wright y tantos otros jugadores británicos correspondían al recuerdo, Alex MacDonald eran el presente.

Ocurría como en los otros países. A los famosos Sandro Tucchy, Inge Munster, Davis Taylor, Mario Lázaro y Maurice Bonlieau les habían sustituido otros aún mejor que ellos, a cuál mejor y todos dispuestos a eclipsar el camino ascendente del joven escocés que tanto recordaba en la pista a Richard Howard.

Más de una revista deportiva lo recordaba, y hasta hubo un cronista que llegó a escribir: «Alex MacDonald nos recuerda a muchos a Richard Howard cuando le vemos jugar en las pistas. Y si realmente no es su hijo, sí lo es en cuanto a la herencia de su maestría y buen juego…»

Hubo una persona en Londres a quien estos comentarios no le gustaron. Y no sólo le supieron a cuerno quemado, sino que hasta llegaron a obsesionarle de tal manera, que terminó tomando una drástica decisión.

Y ello hasta el punto que una tarde se vio en el barrio portuario en una taberna, sentado ante dos individuos malcarados y que estaban dispuestos a todo por unos centenares de libras.

No obstante, el más maduro de aquellos hombres preguntó al joven elegante que tenían ante ellos:

—¿Por qué rompe por la mitad esos billetes, amigo?

—Yo no soy su «amigo» —se puso a puntualizar el joven elegante—. Simplemente les pagó, para que hagan su trabajo.

—O. K. ¿Pero por qué rompe los billetes? —insistió el tipo.

—Así no habrá engaño.

—No lo habrá: le hemos dado nuestra palabra que lo haremos.

—No me fío de su «palabra».

—¿Y nosotros nos tenemos que fiar de usted, jovencito?

—Vuelva a llamarme «jovencito» y me voy.

Le vieron levantarse y dispuesto a alejarse y aquel individuo pidió, tomándole por la manga:

—¡No, espere…! No tenga tanto genio, por favor.

—Entonces tenga. Ahí van mil libras,

—¿Mil libras? —indagó el hombre aún receloso—. Sólo nos da la mitad de los billetes. Así no valen nada.

—Ni tampoco la otra mitad que me quedo yo.

—Es que no lo entendemos por qué hace eso.

—Es sencillo: sólo cuando hayan cumplido lo pactado, les daré la otra mitad. Entonces usted pegan los billetes y tendrán las mil libras.

—¡Vaya! Eso es muy inteligente.

—Y muy prudente, señores.

—Usted gana: liquidamos a ese tipo y usted nos dará la otra mitad de estos billetes.

—No tienen que matarle: bastará con que le quiebren las dos muñecas y una pierna.

—Eso está hecho. Simularemos una pelea y entre los dos le dejaremos hecho un guiñapo.

—Mejor sería terminar del todo con él —opinó el otro.

—No sean bestias —les reprochó el joven que les pagaba—, Sólo pretendo que nunca más pueda jugar al tenis.

No obstante, se puso a añadir con voz más baja:

—Claro que si se les va la mano y ese hombre muere…

—¡Mil libras más! —dijo el primero que había hablado.

—Las tendrán.

—Pues no se hable más. ¿Dónde podemos tropezárnoslo?

—Eso es cuenta de ustedes. Se llama Alex MacDonald.

—¡Ah, sí! El famoso tenista.

—¿Le conocen?

—¿Y quién no? Su foto sale mucho en la prensa y las revistas.

—Yo le he visto también por la tele —dijo el otro.

El joven elegante volvió a levantarse, pero antes de separarse de la mugrienta mesa dejó en ellas unos billetes sin partir y les ofreció:

—Esto para que se compren otra ropa mejor. ¡Van hechos unos pordioseros!

—Estamos en el paro —se excusó uno de ellos—. Este es el primer dinero que vamos a tocar desde hace tiempo.

—Pues a ver si se lo ganan bien.

—Descuide, señor.

Ya se alejaba el joven elegante, cuando uno de aquellos hombres también se levantó y quiso saber al retenerle:

—¡Un momento, señor!

—No me toque… ¿Qué quiere ahora?

—¿Y si la poli nos detiene?

—Ya se lo dije: es cosa de ustedes. Nuestro trato termina aquí. Sólo volveré a esta taberna para darles la otra mitad de los billetes cuando hayan hecho su «trabajo».

—Está bien: no vuelva a enfurruñarse, señor.

—Tenga en cuenta que el partido es mañana por la tarde.

—Nos sobra tiempo, ¿verdad, Buck?

El hombre que decía llamarse Buck afirmó con la cabeza, aun ante la mesa. Ni tan siquiera despegó los labios, mientras se volvía a llenar el vaso.

El joven elegante al fin salió de aquella taberna.

Unas calles más al norte, tras observar por si había sido seguido, se metió en un soberbio Rolls Royce y ordenó altanero al chófer uniformado:

—A casa, Silas.

—Sí, milord.

* * *

Fue un ataque tan absurdo como bestial, aprovechando las sombras de la noche y en el momento que salía del hotel para caminar un poco.

Dos hombres se acercaron a él para preguntarle la hora, y en el momento que Alex MacDonald fue a mirar su reloj de pulsera, se le echaron encima. Sintió una punzada en el vientre y momentáneamente el joven se dobló por el estómago hacia adelante, temiéndose lo peor.

Le habían apuñalado cobardemente.

Pero con la misma rapidez también se dio cuenta que le quedaban ánimos y fuerzas para repeler la cobarde agresión y, con los bríos de su juventud, para que no le rematasen allí mismo repitiendo la cuchillada, se lanzó valientemente sobre ellos y la feroz lucha empezó.

Por fortuna para el joven tenista escocés, aunque la calle no estaba muy concurrida a tales horas, no por eso estaba solitaria del todo. Un taxista que pasaba paró su vehículo, saltó a la calzada y corrió para separar a los tres hombres.

Su mala suerte quiso que él sí que recibiese una cuchillada mortal de necesidad, al pretender separar a los tres hombres.

Alex MacDonald ya había conseguido derribar a uno de sus atacantes

y el otro, al ver caer al taxista acuchillado por él, debió asustarse y emprendió veloz fuga: el joven tenista no se decidió a soltar su presa y pronto le vio doblar la esquina.

Alguien debió avisar a la policía, llamar a una ambulancia e instalarle en la cama donde se encontró. La pérdida de sangre le había hecho perder la noción de las cosas y cuando despertó vio que su entrenador estaba allí con él, junto a fotógrafos y periodistas ansiosos de la noticia.

Una enfermera de bata blanca y genio malhumorado luchaba con los informadores, que se disputaban el derecho a las primeras declaraciones del tenista:

—Hagan el favor —les pedía, empujándoles—. Aún no se le puede molestar. El médico ha dicho que…

Los ruegos de la enfermera se perdían en el tumulto de la habitación. Al fin, aunque sintiéndose con el vientre oprimido, pudo preguntarle a su entrenador:

—¿Dónde estamos, Frank?

—Tranquilo, Alex: en una clínica particular. La primera cura te la hicieron en el Hospital Central. Pero nada más dar la noticia por la radio corrí y conseguí que te trasladaran aquí.

—¿Es… es mucho lo que tengo, Frank?

—Ante todo no es grave. Pero siempre hay que tener cuidado con un pinchazo en el vientre.

—Lo que aún no sé es por qué me atacarían esos dos individuos.

—La policía está investigando. Logró detener al tipo que sujetabas. Parece que se llama Buck Moore, descargador del puerto.

—¿No ha dicho por qué lo hicieron?

—No lo sé, Alex. Te digo que fui al Hospital corriendo.

—Mala suerte; mañana no podré jugar.

—¡Ni soñarlo! Lo hará Burne-Jones por ti. Tranquilízate.

—Estoy tranquilo, pero me duele.

—¿Y sabes lo que te salvó la vida?

Alex MacDonald se limitó a mirar a las pupilas de su entrenador que se apresuró a explicar:

—El cinto… La punta de la navaja lo atravesó, pero eso frenó mucho su entrada.

—Menos mal —dijo débilmente sonriendo.

—El médico ha dicho que un poco más… ¡Y no lo cuentas!

—Ponles un telegrama a mis padres, por favor. A ellos sí que debes tranquilizarles.

—Ya lo he hecho, mientras revisaban la herida aquí.

Cuando la enfermera logró al fin despejar la habitación,

nerviosamente el entrenador Frank Etty se puso a comentar, irritado:

—Me trago una raqueta entera, si no sé de quién es obra esta salvajada.

—¿En quién piensas, Frank?

—Pues en Moreli… O en Hobbeman… ¡O en ese bruto de Ryder! Cualquiera de los tres saben que podías eliminarles en Wiblendon y han querido «eliminarte» a ti.

—Tonterías, Frank. No les creo capaces de una cosa así.

—¿Tonterías? ¿Sabes lo que ocurrió una vez durante el torneo de Forest Hill?

El silencio del herido le hizo seguir al entrenador tenista:

—Pues que una vez algunos gánsters raptaron a un tío de Davis Taylor, y el pobre chico tuvo que dejarse ganar.

—El tenis no es el boxeo, hombre.

—Pues ahora como si lo fuera. Ahora también hay tipos que se juegan mucho dinero en estas eliminatorias. ¡Son gente capaz de todo!

Frank Etty dejó de pasear y frente al herido remachó:

—A no ser que tengas algún lío de faldas por ahí.

—Te aseguro que ninguno: hemos venido pocas veces a Londres.

—Si tú lo dices… Esperaremos a ver qué diablos averigua la policía.

La enfermera volvió a entrar, aquella vez con un gran ramo de flores. No había variado de humor e indagó desabridamente:

—¿Las pongo todas aquí, o las vamos dejando fuera?

—Póngalas donde quiera.

—Es que ahí fuera hay muchas más. ¡Y no dejan de llegar! Deben ser de todas sus admiradoras, señor MacDonald.

—Déjelas fuera —intervino el entrenador—. ¿No sabe que por la noche las flores cargan el ambiente?

—Lo sé, señor —y añadió ofendida—: ¡Soy enfermera!

—De acuerdo, señorita. ¡Pero déjenos de una vez! Y que no le moleste nadie.

En el último telediario de la noche, la noticia saltó a todas las pantallas de los televisores: el famoso tenista escocés Alex MacDonald no podría defender los colores del Reino Unido en la pista de Wimbledon: hacía sólo dos horas que unos individuos le habían atacado en plena calle, cuando salía del hotel para dar un paseo. Y añadían lo de rigor: que según el parte facultativo la herida en el vientre era de pronóstico poco grave.

Capítulo XII

REVISTIÉNDOSE de paciencia, por una vez en su vida decidido a enfrentarse con la realidad por cruda que fuese, Richard Howard preguntó:

—¿Por qué lo intentaste, hijo?

Sin inmutarse, el joven Anthony argumentó:

—Alex MacDonald sobra en nuestras vidas, padre. ¡Y tú bien lo sabes!

—No te comprendo, hijo. ¿Por qué dices eso?

—También lo sabes —insistió.

—¡Habla de una vez, Tony!

—Sin gritar ni alzarme la voz, padre. Que si yo soy un presunto «asesino», tú eres un adúltero… ¡Y algo más!

—Déjate de rodeos y dime de una vez por qué ofreciste mil libras a esos canallas, para que mataran a Alex Howard.

—Yo no les di mil libras.

—Escucha, hijo. Lo podrás negar a la policía y ante ellos mismos, si es que exigen un careo. Pero no lo puedes negar ante mí.

—No veo la razón.

—Mira esto, Tony: lo encontré en uno de los cajones de la mesa de tu habitación.

Le estaba mostrando los billetes que él mismo había partido por la mitad en cierta taberna cercana al puerto. Correspondían a mil libras esterlinas en billetes de a diez, y el joven tan sólo reprochó:

—No tienes derecho a registrar mi habitación.

—Un padre tiene derecho a todo, Tony.

—Ya soy mayor, y no un niño.

—Por desgracia sí… Por eso dudo que puedas corregirte.

—¿De qué tengo que corregirme yo?

—De muchas cosas, hijo. Pero ante todo, de soberbia, de orgullo y de insana envidia.

—Nunca he envidiado a ese palurdo campesino. Para mí, es un don nadie.

—Entonces, ¿por qué le odias, hasta el extremo de pagar para que le maten?

—Te lo dije antes, padre. Alex MacDonald sobra en nuestras vidas.

—Aclara eso, Tony.

—También te dije que lo sabes. Aunque el abuelo y mi madre deben seguir ignorándolo. Un disgusto así les mataría.

—¿Hablarás de una vez, diantre?

—¿Es que quieres que te refresque la memoria, padre? Tú cometiste un vergonzoso adulterio con la segunda esposa del abuelo, con una tal Telma Brown, a la que nunca o pocas veces se nombra en casa.

Fuera de sí, Richard Howard indagó:

—¿Cómo sabes eso, hijo?

—Si tú registras mi habitación, yo también tengo derecho a hacer averiguaciones. Desde el primer día me extrañó que ese Tom MacDonald dejase en nuestra casa a su «hijo». Sólo tenía un año más que yo, y no obstante le admitiste aquí como criado.

—¿Por qué te disgustó tanto eso?

—Porque me di cuenta que le empezabas a tratar mejor que a mí. ¡Porque me robaba tu cariño!

—Eso no es cierto, Tony.

—Lo es, padre. Y no paraste hasta que John Bess empezó a entrenarle y le convertiste en un buen tenista.

—John también quería entrenarte a ti.

—A mí no me gusta el tenis. ¡Es un juego de maricas!

—¡Tony!

—Perdona, padre. He querido decir de mujeres.

—Como en tantas otras cosas, estás muy equivocado, hijo. Hace falta tener buenos hígados para aguantar a ese ritmo cinco sets.

—De acuerdo. ¡Pero no me gusta!

—Te place más cotillear, meterte en las vidas ajenas, ¿verdad?

—Eres mi padre y tuve que hacer mis averiguaciones. Me decidí a contratar a un detective privado, que se puso a investigar desde el día que nació Alex. Yo le dije que en una granja de Escocia, cerca de Merrick.

—¿Por qué hiciste eso, Tony?

—Empecé a sospechar que era el hijo de una de tus aventuras amorosas, antes de casarte con mamá.

—No tenías ninguna razón, para sospechar eso.

—Olvidas que a los niños no se les escapan ciertas cosas, los pequeños detalles, la forma como tratabas a Alex, como le mirabas y siempre te preocupabas por él, cuando venías de tus viajes y torneos.

—¿Y todos esos años has estado acumulando ese odio, hijo?

—¡Sí, todos esos años! Sobre todo cuando, para que pudiese estudiar en la Universidad de Edimburgo, les diste la granja del abuelo.

—¿También sabes eso?

—El policía que contraté, resultó un lince. ¡Lo investigó todo! Hasta el fondo: llegó a saber que, hace cosa de veinte años, estuviste en esa granja, donde la abuela… quiero decir, esa mujer Telma Brown, esperaba tener a tu hijo.

Hizo una pausa y añadió:

—Eso cuadraba con lo que siempre me extrañó… ¿Por qué enterraron a la abuela en el cementerio de un pueblucho como Merrick? ¿Acaso entonces no era la señora duquesa de Howard Lansbury, la segunda esposa del abuelo?

—Debiste respetar ese pasado, hijo.

—¿Por qué? ¿Porque resulta sórdido y morboso? ¿Porque en él había tu canallada, la traición a tu propio padre?

—Calla, por favor, Tony.

—¡No quiero callar ya más tiempo! —se irritó—. Y si me aprietas mucho, toda esta sucia vergüenza saldrá a flote, con todo su olor pestilente.

—Te lo ruego, Tony; por tu madre y tu abuelo.

—Bien que se los pusiste al pobre —comentó, llevando burlesco y grosero la mano a la frente.

—Telma era muy joven y yo… Yo también, y un inconsciente.

—Creo que te sobraban las mujeres a patadas, ¿no? También eras aristocrático, rico, famoso mundialmente. ¿Qué viste en la abuela? —le acusó, implacable.

—Te he dicho que los dos éramos muy jóvenes.

—Y apasionados, claro. ¿Resultó divertido, padre?

—No te recrees en todo eso, por favor —volvió a rogarle.

—Bien que te has burlado tú de todos nosotros, durante años, «papaíto».

—¿Qué pretendes martirizándome ahora?

—Que olvides que encontraste esos billetes partidos en mi habitación.

—Pero coincide con lo que han declarado esos dos sujetos a la policía. Y las señas del hombre que les dio la otra mitad de las mil libras, también con las tuyas, Tony.

—Pero eso sólo lo sabemos tú y yo, padre.

—La policía investigará.

—Tú harás que no lleguen a mí. Lo que digan esos dos sujetos no tiene valor. Hay millones como yo en Londres y, además, pienso pasar todo el verano en Mallorca.

—¿Otra vez con tus amigotes?

—¿Qué tienes contra ellos?

—Nada, hijo… Si no fuese porque el hijo de lord Burchfiel toma drogas.

—No te preocupes por eso ahora. ¿Cerramos el trato?

—¿Qué trato, Tony?

—Tu «gran secreto» por el mío —propuso con desfachatez.

El dedo pulgar y el Índice de Anthony empezaron a frotarse significativamente, al tiempo que el joven indicaba:

—Claro que también tendrás que aumentarme la asignación mensual. ¡Mallorca se ha puesto por las nubes, padre!

—¿Intentas hacer chantaje de esto, Tony?

—Di más bien que intento evitar que el abuelo te odie. Es posible que, de conocer la verdad, te desherede.

—¿No piensas que un disgusto así le podría matar? Ya está muy viejo.

—Para evitar eso, y que mamá se disguste, acepta el trato.

—El escándalo te rozaría a ti también, Tony.

—Es posible, pero… ¿quién perdería más? Es tu «pecado», padre, no el mío.

—Está bien… Está bien —repitió pensativo Richard Howard—. Pero aún no me has dicho por qué pagaste para que Alex muriese.

—Tengo muchas razones.

—¿Y dices «razones», hijo?

—La primera, porque una vez me pegó, como un bruto. La segunda, porque le quieres más a él que a mí. Y la tercera porque, posiblemente, de seguir con vida… algún día pretenderías que compartiese mi legítima herencia con él.

—O sea —tradujo el amargado padre—. Rencor, envidia y egoísmo. ¿No es eso?

—Llámalo como quieras.

—¿Pues sabes cómo te llamo, hijo?

—Tú dirás, «papaíto» —incitó con cinismo.

—¡Canalla, mal hijo y asesino!

—Sin gritar o todos se enterarán.

—Ya me da igual y grito lo que quiero. Y ahora mismo voy a llamar a la policía.

—¿Vas a denunciarme?

—¡Sí! Porque lo mereces y de dejar las cosas así, volverías a intentarlo.

—¡Aciertas! —también retó en su enfado—. No pararé hasta que Alex desaparezca de nuestras vidas, repito. ¡El no heredará!

—Lo siento, Tony; pero creo que unos años de encierro no te vendrán mal. Allí tendrás tiempo para pensar y reflexionar si te

conviene cambiar.

—¡No lo hagas, padre! Suelta ese teléfono o…

—¡Termina! ¿Tendrás también valor para intentar matarme?

Durante unos segundos padre e hijo estuvieron mirándose fijamente, retándose con las pupilas. Richard Howard seguía con el auricular en la mano, dispuesto a marcar el número de la policía.

Aquello sí que era un serio enfrentamiento. Mucho más que ganar o perder un partido de tenis.

Pero al fin volvió a respirar tranquilo al observar que Anthony bajaba la cabeza, empezaba a dar media vuelta y sus labios musitaban:

—No padre, a ti jamás te haría nada.

* * *

Sentado sobre el lecho, el herido no interrumpió ni un solo momento la larga confesión de Richard Howard. Ciertamente no sabía por qué, pero aquel largo relato no le parecía tan extraño.

Pero al fin también musitó, quedamente:

—No debiste hacerlo… Richard.

—Tony se lo merece. Tendrá buenos abogados y una temporada encerrado le sentará bien.

—Pero se vengará: todo eso que me has contado, saldrá a flote y el escándalo no lo podrás evitar.

—Esa será su prueba. Si no dice nada a nadie, ahorrará el disgusto y la vergüenza a mi padre y a mi esposa. Si se venga y lo cuenta, tú serás oficialmente mi hijo, Alex. Tendrás derecho a parte de la herencia de los Howard Lansbury.

—Nada me imparta eso, Richard. Nunca he sido ambicioso y, además, una vez me curen esta herida, volveré a ganar dinero con el tenis.

—¿Volverás a jugar, hijo?

—Sólo hasta que termine mi carrera de arquitecto.

—Harás bien, muchacho, no sea que te retires como me pasó a mí, ya muy mayor para el tenis y derrotado.

Luego tomó la mano del joven y comentó:

—Lo importante es encontrar la auténtica felicidad en la vida, Alex. Ya lo dijo Shakespeare: «En nuestros locos intentos, renunciamos a lo que somos por lo que esperamos ser.»

—Tú lo has sido todo en el tenis… padre.

—Pero no eso, Alex: un buen, padre de familia…

Y luego sonrió al comentar:

—He observado que te cuesta decir la palabra «padre».

—No hombre, pero llamártelo a ti sí —sonrió el joven.

—Pues dilo cuando quieras: aunque nada les quiero robar a Tom y Ann.

—Nada les robas, padre. Todo seguirá igual.

—Espero que en mi casa también.

—Ten confianza: ya verás cómo Tony no dirá nada y comprenderá que yo tampoco le quiero quitar nada: Entonces dejará de odiarme.

—Dios se lo hará comprender así, hijo mío…

FIN





EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.